

0
10
20
30
40

9

111

A. Piñero

Molière

—

DON JUAN O EL CONVIDADO DE PIEDRA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

MCMXXIII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

MOLIERE

Don Juan

o

El convidado de piedra

COMEDIA EN CINCO ACTOS

La traducción del francés ha
sido hecha por A. Cebrián



Indice bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

MADRID, 1923

J819

DON JUAN O EL CONVIDADO DE PIEDRA (1)

PERSONAJES

DON JUAN, *hijo de Don Luis.*

SGANARELLE.

ELVIRA, *esposa de Don Juan.*

GUZMÁN, *escudero de Elvira.*

DON CARLOS y DON ALONSO, *hermanos de Elvira.*

DON LUIS, *padre de Don Juan.*

FRANCISCO, *pobre.*

CARLOTA y MATURINA, *aldeanas.*

PIERROT, *aldeano.*

LA ESTATUA DEL COMENDADOR.

LA VIOLETTE y RAGOTIN, *pajes de Don Juan.*

EL SEÑOR DOMINGO, *comerciante.*

LA RAMÉE, *espadachín.*

Acompañamiento de Don Juan.

(1) *Don Juan ou le Festin de pierre* es el título que pone Molière a su comedia. Como el tipo original que sirve de base al escritor francés es el de nuestro teatro clásico, suponemos lógicamente que *Festin de pierre* no es sino una alteración de *Convidado de piedra* y en esta forma traducimos el segundo título, que de otra suerte carecería de verdadero sentido.

*Acompañamiento de los hermanos Don Alonso y
Don Carlos.*

UN APARECIDO.

La escena en Sicilia.

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

El teatro representa un palacio.

ESCENA PRIMERA

SGANARELLE y GUZMÁN.

SGANARELLE

(Con una tabaquera en la mano.) Diga lo que quiera Aristóteles y toda la filosofía, no hay cosa alguna que iguale al tabaco; en él cifran su pasión las personas bien nacidas, y quien sin tabaco vive no merecería siquiera vivir. No sólo despeja y alegra el cerebro humano, sino que además ilustra las almas en la virtud, y por medio de su poder llegan los hombres a ser gentes honorables. ¿No advertís cómo, desde que cualquiera se halla en posesión de un poco de tabaco, lo ofrece con corteses modos a cuantos le rodean y lo presenta a diestro y siniestro en todo momento? Ni aun aguarda a que se lo pidan, sino que se anticipa a los deseos de los demás; tan cierto es que el tabaco inspira sentimientos caballerescos y caritativos a cuantos lo usan. Pero, dejando ya este asunto, continuemos nuestra con-

vensación. ¡Así, pues, querido Guzmán, tu señora doña Elvira, sorprendida por la partida inesperada de don Juan, se ha puesto en nuestro seguimiento y, según me cuentas, su corazón, tan hondamente herido por mi señor, no ha podido vivir sin caminar en busca de su galán? ¿Quieres que te diga lo que pienso? Temo mucho que sea mal correspondido su amor y que su venida a esta ciudad tenga tan poco fruto que más os valiera no haberos movido de donde estabais.

GUZMÁN

¿Por qué causa? Te pido por favor, Sganarelle, que me digas con verdad las razones de ese temor que me parece de muy mal agüero. ¿Tu señor te ha abierto su corazón en este asunto? ¿Acaso te ha dicho que sentía entibiarse su pasión y por eso se alejaba de nosotros?

SGANARELLE

Nada de eso; pero con sólo una ojeada me entero del terreno que piso y sé muy bien por dónde va el agua al molino. Sin que mi amo me haya dicho una palabra, podría apostar a que sucederá lo que me imagino. Acaso me equivoque; pero en estos negocios la experiencia me ha dado algunas luces.

GUZMÁN

¡Cómo! ¡Esa marcha que nadie esperaba es aca-

so una infidelidad de don Juan? ¿Así despreciaría la casta llama de doña Elvira?

SGANARELLE

No es eso; sino que, como todavía es mozo, no tiene valor para...

GUZMÁN

¿Un hombre de su condición cometería tamaña villanía?

SGANARELLE

¡Su condición! ¡Donoso inconveniente! ¡Mucho le importa su condición para hacer cuanto se le antoja!

GUZMÁN

Pero los sagrados lazos del matrimonio le unen a doña Elvira.

SGANARELLE

¡Ay pobre amigo! Veo que no sabes todavía qué hombre es don Juan.

GUZMÁN

Ciertamente no sé qué hombre será si ha cometido con nosotros semejante perfidia. No puedo comprender cómo después del amor e impaciencia que ha mostrado; después de tan rendidos homenajes, de tales promesas, lágrimas y suspiros; de tantas cartas apasionadas; de tan ardientes protestas

y tan repetidos juramentos; después de aquellos transportes y arrebatos de que hacía gala, forzando así con su pasión las rejas sagradas de un convento y llegando a alcanzar a doña Elvira, no comprendo, te digo, cómo después de esos extremos tendría corazón para faltar a su palabra.

SGANARELLE

A mí no me cuesta mucho trabajo comprenderlo, y si supieses de qué pájaro se trata verías que para él todo es cosa lisa y llana. No quiero decir que haya cambiado de sentimientos para con doña Elvira, porque todavía no lo sé de cierto. Ya sabes que por mandato de mi amo partí de vuestra ciudad antes de que don Juan saliese de ella, y desde que ha llegado aquí aun no ha hablado conmigo; pero, a guisa de advertencia, debo decirte, *inter nos*, que mi señor es el mayor canalla que ha visto la luz del sol: es un poseído, una fiera, un demonio, un hereje, un turco que no cree ni en Dios, ni en los santos, ni en el diablo. Su vida es la de una bestia codiciosa, la de un cerdo de Epicuro, la orgía perpetua de Sardanápalo, y mi amo cierra los oídos a todas las amonestaciones cristianas que escucha y llama necedades a todo cuanto los demás creemos. Me dices que se ha desposado con tu señora. ¡Buen cuidado le daría, cuando la pasión le arrebatara, desposarse aunque fuese cortigo y hasta con el perro y el gato de la casa! No se para don Juan ante un matrimonio, porque es el lazo que

emplea para cazar a muchas hermosas; y así, está dispuesto a casarse una docena de veces. Nobles o hidalgas, señoras de la ciudad o mozas campesinas, ninguna le parece que está en lugar demasiado alto o demasiado bajo para acercarse a ellas: hace a todo; y si te dijese los nombres de todas las mujeres con quienes se ha ido casando en diferentes lugares, tendríamos conversación hasta la noche. Te quedas parado y te pones pálido al escucharme; pues esto no es mas que un ligero esbozo del personaje, que para hacer el retrato perfecto se necesitarían otras muchas pinceladas. Baste decirte que tengo por cierto que al fin y al cabo el Cielo le castigará por sus maldades. Más me valdría servir al diablo que servir a don Juan, porque tales horrores me ha hecho presenciar hasta ahora, que ¡ojalá desapareciese para no volver a saber nada de su persona! Pero cuando un gran señor es un mal hombre hay que tener mucho cuidado en no disgustarle: necesito serle fiel, aunque otra cosa sienta entre mí. El miedo que me domina me hace aparecer como un servidor leal; no deja hablar a mis sentimientos, y muchas veces aplaudo aquello mismo que condeno en mi interior. Hacia aquí viene paseando don Juan. Conviene separarnos; pero antes escucha un momento... Te he cortado todas estas cosas con franqueza y me he dejado ir un poco de la lengua; mas si algo de lo que has oído llegase a conocimiento de mi señor, diré con toda tranquilidad que mientes.

ESCENA II

DON JUAN *y* SGANARELLE.

DON JUAN

¿Qué hombre es ése que te hablaba? Me parece que tiene la traza de mi amigo Guzmán, el de doña Elvira.

SGANARELLE

Es alguien que se le parece mucho.

DON JUAN

¿Qué! ¿Es él?

SGANARELLE

El mismo, señor.

DON JUAN

¿Y desde cuándo se encuentra en esta ciudad?

SGANARELLE

Desde ayer por la noche.

DON JUAN

¿Qué le trae por aquí?

SGANARELLE

Creo que sabéis mejor que yo cuál es el motivo de su venida.

DON JUAN

¿Nuestra marcha acaso?

SGANARELLE

Al pobre hombre le inquieta, naturalmente, y me preguntaba los motivos que tuvisteis para aquella partida tan imprevista.

DON JUAN

¿Y tú qué le has contestado?

SGANARELLE

Que no me habíais dicho una palabra.

DON JUAN

Pero vamos a ver: ¿qué piensas tú de este asunto? ¿Qué te imaginas que hay debajo de esto?

SGANARELLE

¿Qué es lo que yo me figuro? Sin ofenderos, creo que tenéis un nuevo amor entre ceja y ceja.

DON JUAN

¿De veras?

SGANARELLE

Sí, señor.

DON JUAN

A fe mía que no te equivocas: no puedo menos de decirte que otros deseos han destronado a doña Elvira de mi corazón.

SGANARELLE

¡Ay Dios mío! ¡Cómo conozco a mi don Juan y qué cierto estoy de que su corazón es el más aventurero de todo el mundo! Goza pasando de cautiverio en cautiverio, y no le gusta nunca estar en el mismo sitio mucho tiempo.

DON JUAN

¿Y no crees que hago bien en ser de este modo?

SGANARELLE

Señor, yo...

DON JUAN

Habla. ¿Qué dices?

SGANARELLE

Si lo queréis así, sin duda tenéis razón; no se puede decir lo contrario. Pero si no lo quisieseis, tal vez las cosas cambiarían de aspecto.

DON JUAN

Tienes licencia para hablar y decirme lo que piensas.

SGANARELLE

Entonces os diré con franqueza que no estoy conforme con vuestra manera de ser y que me parece muy mal estar siempre buscando nuevos amores, como hacéis de continuo.

DON JUAN

Pero ¿crees que es posible atarse de por vida a la primera mujer que nos agrada, que por su amor debemos renunciar a cuanto existe y que ya no hemos de tener ojos mas que para ella? ¡Linda cosa sería hacer un punto de honor de la fidelidad, enterrarse para siempre en una pasión única, y morir, en plena juventud, para todas las innumerables hermosuras que se ofrecen a nuestras miradas! No, de ningún modo. Buena es la constancia para las gentes ridículas; pero todas las mujeres hermosas tienen derecho a nuestra admiración, y la ventaja de habernos encontrado antes no puede privar a las demás de las justas pretensiones que todas tienen sobre nuestro corazón. Me siento siempre arrebatado por la belleza, hállese donde se halle, y no puedo resistir a la dulce violencia con que nos encadena. ¿Qué me importan los lazos que me atan a una amada si el amor que siento ante una hermosa mujer no me obliga a ser injusto con las de-

más? Tengo ojos en la cara para seguir viendo los encantos de todas las otras y rindo a cada cual el homenaje y los tributos que reclama la naturaleza. Suceda lo que quiera, no puedo defender mi corazón contra todas las amorosas gracias que encuentro en mi camino, y si un lindo rostro me solicita, daría por éste solo otros diez mil si fuesen míos. A decir verdad, los amores que empiezan tienen un encanto inexplicable, y el placer entero del amor estriba en su variedad. ¡Qué suave deleite el que sentimos al ir conquistando con mil encendidas palabras el corazón de una linda doncella y ver de día en día cómo vamos adelantando en su amor; vencer a fuerza de transportes, de suspiros y lágrimas el inocente pudor de un alma que lucha antes de entregarse; derribar poco a poco las débiles barreras con que piensa detenernos; vencer los escrúpulos a los cuales llama su honor, y llevarla suavemente al punto en que nosotros anhelábamos encontrarla! Pero después de haber sido dueño de tal tesoro, ni nada se pide ni nada se desea: lo más bello de la pasión ha concluído y sólo queda el recurso de adormecerse en la seguridad del amor, si una nueva inquietud no agujijonea nuestros deseos presentando al corazón los seductores atractivos de una nueva conquista. En fin, no hay mayor delicia que vencer la resistencia de una mujer hermosa; en esto siento la ambición de los conquistadores que vuelan constantemente de triunfo en triunfo y no intentan poner coto a sus ambiciones. Nada hay en el mundo capaz de detener el ímpetu

de mis deseos; tengo un corazón que gozaría enamorando la tierra entera. Como Alejandro, desearía que hubiese otros mundos para poder hacer allí también conquistas amorosas.

SGANARELLE

¡Válgame Dios y cómo peroráis! Parece que lo sabéis de memoria. Os digo de veras que habláis como un libro.

DON JUAN

¿Y qué te parece lo que digo?

SGANARELLE

¿Qué me parece? Casi no sé qué deciros, pues tenéis un arte para embrollar las cosas de tal modo, que casi habría que daros la razón, y lo cierto es que no la tenéis en manera alguna. En mi cabeza guardaba los pensamientos mejores del mundo; pero tal maña os habéis dado con vuestros discursos, que ya los tengo hechos una maraña que no sé cómo desenredar. Otra vez que discutamos tendré que traer mis razonamientos por escrito.

DON JUAN

Y harás muy bien en ello.

SGANARELLE

Señor: ¿entraría dentro de la licencia que me

habéis concedido si os dijese que estoy un tantico escandalizado de la vida que lleváis?

DON JUAN

¡Cómo! ¿Qué vida llevo yo?

SGANARELLE

Una gran vida. Pero casaros cada mes, como tenéis costumbre de hacer...

DON JUAN

¿Hay algo más agradable?

SGANARELLE

Ciertamente que no; creo que es agradable y entretenido, y tampoco a mí me disgustaría si no creyese que había mal en ello. Mas burlarse de tal suerte de las cosas santas...

DON JUAN

¡Vamos, vamos! Este es un asunto entre Dios y yo, que ya lo arreglaremos ambos a nuestro gusto sin que tú te aflijas por mi suerte...

SGANARELLE

A fe mía, señor, siempre he oído decir que burlarse de las cosas santas es burla que acaba mal, porque todos los impíos tienen mal fin.

DON JUAN

¡Calla, necio! Ya sabes que no me agradan los sermones.

SGANARELLE

¡Dios me libre de sermonearos, señor! De ninguna manera. Sabéis de sobra lo que hacéis, y si no tenéis fe en nada, vuestras razones tendréis para ello. Pero es que hay, señor, algunos majaderos en este mundo que son libertinos sin saber por qué y que alardean de ser descreídos porque se figuran que esto es de muy buen tono. Y si yo tuviese un amo de esa calaña, le diría cara a cara y claramente, porque no tengo pelos en la lengua: ¡Así os atrevéis a desafiar al Cielo y no tembláis al mofaros de lo más santo que existe? ¡Podéis, gusano miserable, galán de alfeñique—así le diría al amo ese de que hablábamos—, podéis burlaros de todo lo que los demás reverencian? ¡Pensáis que por ser persona de condición y llevar una peluca rubia y bien rizada; por tener hermosas plumas en el sombrero y casaca bordada de oro; por llevar lazos de grana (no os hablaba, señor; hablo al otro); pensáis, os digo, ser un hombre extraordinario al que todo le está permitido y al que nadie le dice las verdades? Escuchad lo que os dice vuestro criado; escuchad de sus labios que el Cielo, tarde o temprano, castiga a los impíos; que la mala vida acaba en mala muerte, y que...

DON JUAN

¡Basta!

SGANARELLE

¿Qué deseáis, señor?

DON JUAN

Deseo decirte que una nueva hermosura se ha hecho dueña de mi corazón y que sus encantos me han arrastrado tras ella hasta esta ciudad.

SGANARELLE

¿No tenéis miedo de la muerte que disteis hace seis meses al Comendador?

DON JUAN

¿Por qué he de temer? ¿Acaso no le maté como se debe matar a un caballero?

SGANARELLE

Le matasteis de modo insuperable, y creo que no tendrá derecho a quejarse en este respecto.

DON JUAN

Además he obtenido el indulto de esa muerte.

SGANARELLE

Sí; pero ese indulto no borra los resentimientos que sentirán amigos y parientes, y...

DON JUAN

¡No pensemos en los males que nos pueden ocurrir, sino en los placeres que están a nuestro alcance! Te hablaba antes de una novia muy hermosa que ha venido acompañada hasta aquí por el mismo que se ha de casar con ella. Quiso mi suerte que viese a esa pareja de enamorados tres o cuatro días antes de su viaje. Jamás he encontrado en el mundo dos seres que parezcan más satisfechos uno de otro y que resplandezcan con tan luminoso amor. La pasión que ambos dejaban transparentar en toda su persona me llegó a lo más profundo de las entrañas, y mi amor comenzó por un impulso de celos. Sí, verlos tan enamorados era para mí tortura insoportable; el despecho hizo encenderse mi deseo, y me parecía el más extraordinario deleite deshacer aquella amorosa inteligencia, romper aquellos apretados lazos que mortificaban mi sensible corazón. Hasta ahora todo mi empeño no ha dado fruto, y he tenido que recurrir al extremo último. Ese futuro esposo invita hoy a su prometida a un paseo por mar. Sin decirte una palabra ya está todo preparado para que mi amor realice sus designios, y tengo una barquilla con gentes seguras que me ayudarán en el rapto de la hermosa enamorada.

SGANARELLE

¡Ah, señor!...

DON JUAN

¿Qué?

SGANARELLE

Hacéis muy bien y habéis tomado el camino que era necesario. Nada hay mejor en el mundo que hacer cuanto acomoda.

DON JUAN

Prepárate para acompañarme y lleva todas mis armas, no fuese que... (*Advirtiéndole que viene Doña ELVIRA.*) ¡Qué enojoso encuentro! ¡Ah traidor! No me habías dicho que estaba aquí la propia doña Elvira.

SGANARELLE

Señor, no me lo habéis preguntado.

DON JUAN

¿Ha perdido la cabeza para presentarse aquí con ese traje de lugareña?

ESCENA III

DOÑA ELVIRA, DON JUAN, SGANARELLE.

DOÑA ELVIRA

¿Tendréis a bien, don Juan, daros por enterado de mi presencia? ¿Os dignaréis, al menos, volver los ojos hacia mí?

DON JUAN

Señora, os confieso que me habéis sorprendido y que no esperaba encontraros ahora.

DOÑA ELVIRA

Sí, bien veo que no me esperabais y que os he sorprendido, pero de un modo muy diferente del que yo imaginaba. Esta manera de asombraros me confirma lo que mi corazón se resistía a creer. Me admiro al ver qué grande es mi credulidad y qué débil mi corazón, que así han dudado de un engaño que tan a las claras se mostraba. Confieso que he tenido la virtud, o acaso la necedad, de querer engañarme a mí misma, luchando para dar un mentís a mis ojos y a mis sentimientos. He hallado razones que explicaban a mi amor la tibieza del vuestro; he imaginado cien justos motivos de una partida tan inesperada para absolveros del crimen que os atribuía mi razón. No me importaba que los celos fundados murmurasen de continuo a mis oídos; rechazaba aquellos testimonios que me hablaban de vuestra traición y forjaba quimeras pueriles en las que aparecíais sin culpa ante mi corazón. Pero después de esta llegada ya no puedo dudar un instante: la mirada con que me habéis recibido dice mucho más de lo que mi amor querría saber. Y, sin embargo, sería grato para mí oír de vuestros propios labios los motivos de aquella inesperada partida. Hablad, don Juan, os lo ruego, que deseo ver cómo os justificáis.

DON JUAN

Señora, aquí está Sganarelle, que sabe cuáles fueron los motivos de mi marcha.

SGANARELLE

(Aparte a DON JUAN.) ¡Yo, señor? No sé ni una palabra de eso, a fe mía.

DOÑA ELVIRA

Vamos, Sganarelle, hablad. Que oiga esas razones, vengan de los labios que vinieren.

DON JUAN

(Indicando a SGANARELLE que se acerque.) Vamos, habla a doña Elvira.

SGANARELLE

(Aparte a DON JUAN.) ¡Y qué he de decirle?

DOÑA ELVIRA

Acercaos, puesto que así os lo ordenan, y decidme brevemente la causa de la partida de don Juan.

SGANARELLE

Señora...

DOÑA ELVIRA

¿Qué?

SGANARELLE

(Volviéndose hacia DON JUAN.) Señor...

DON JUAN

(Amenazándole.) Si no mirase...

SGANARELLE

Señora: los conquistadores, un tal Alejandro y todos los demás, son los culpables de que mi señor se marchase. Eso es todo *(A DON JUAN)* lo que se me ocurre.

DOÑA ELVIRA

¿Me haréis el favor, don Juan, de explicarme todos esos enigmas?

DON JUAN

Señora, a decir verdad...

DOÑA ELVIRA

¡Ah! Para ser un cortesano, avezado a estos lances, qué mal os defendéis, don Juan. Pena me da vuestra confusión. ¿Por qué no hacéis gala de un altanero cinismo? ¿Por qué no me juráis que sois siempre el mismo para mí, que me amáis ahora aun con mayor locura y que sólo la muerte podrá apartaros de mi lado? ¿Por qué no me decís que un asunto del mayor interés os obligó a partir

sin advertirme de vuestra marcha; que aquí habéis de permanecer por fuerza, aunque os duela estar lejos de vuestro amor, y que debo volver adonde estaba, con la certeza de que me seguiréis en cuanto estéis libre? ¿Por qué no os oigo que ardeís en deseos de volver a mi lado y que lejos de mí estáis como un cuerpo sin alma? Así deberíais defenderos y no con esa turbación que tan mal os sienta.

DON JUAN

Señora, os confieso que no tengo arte para fingir y que mi corazón es todo sinceridad. No puedo decirnos que soy el mismo que antes y que ardo en deseos de estar a vuestro lado, puesto que marché para huir de vuestra presencia. Pero no por las razones que os podéis imaginar, sino por motivos de conciencia y por creer que no puedo vivir a vuestro lado sin cometer un sacrilegio. He tenido remordimiento, y he reflexionado sobre mi conducta. Entonces he pensado, señora, que para celebrar nuestro matrimonio os he arrancado del sagrado de un claustro; que por mí habéis quebrantado votos que os ataban a santos deberes, y que el Cielo castiga traiciones como la nuestra. Me he arrepentido de mis culpas, y tiemblo ante la cólera celeste. Nuestro matrimonio me ha parecido un espantoso adulterio que atraerá sobre nuestras cabezas el castigo del Cielo. Por esto, señora, he creído que debía olvidaros y ayudaros a volver a vuestra antigua senda. ¿Trataríais de oponeros a tan santa decisión

y que permaneciendo a vuestro lado el Cielo erte-ro se volviese contra mí y que...?

DOÑA ELVIRA

¡Miserable! ¡Ahora te conozco en todo tu horror; pero te conozco, para mi desventura, cuando el sa-ber quién eres no puede servir mas que para mi desesperación! Mas has de saber que tu crimen no quedará impune y que ese Cielo de que te bu:las castigará todas tus maldades.

DON JUAN

Sganarelle, el Cielo.

SGANARELLE

¡Valiente cosa nos importa a nosotros del Cielo!

DON JUAN

Señora.

DOÑA ELVIRA

Basta. No quiero saber más y me arrepiento de haber escuchado tanto. Es una indignidad hacerse explicar tan detenidamente la propia vergüenza, y en tales asuntos el corazón noble debe tomar una decisión a las primeras palabras. No esperes que te llene ahora de denuestos e improprios; no, no. No, mi indignación no se derrama en varas pa-labras: guarda todo el ardor de su agravio para la

venganza. Te lo repito de nuevo: traidor, el Cielo te castigará por el ultraje que me has hecho. Y si nada hay en el cielo que te infunda temor, teme al menos la cólera de una mujer.

E S C E N A I V

SGANARELLE

(Aparte.) ¡Si acabase por tener remordimientos!

DON JUAN

(Después de reflexionar un instante.) Vamos a ocuparnos de nuestras galantes empresas.

SGANARELLE

(Solo.) ¡Que haya de servir a tan infame dueño!

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un campo a orillas del mar.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA *y* PIERROT.

CARLOTA

A la cuenta, Pierrot, te encontraste bien a punto en el lance.

PIERROT

¡Pardiez! No ha faltado ni el canto de una uña para que los dos se ahogasen.

CARLOTA

¿Fué el ventarrón de esta mañana lo que les hizo zozobrar?

PIERROT

Ahora te contaré con pelos y señales todo lo que ocurrió en el caso, porque, como dice el otro, he sido el que los sacó del atolladero. Estábamos a la orilla del mar a aquel zagalón que se llama Lucas y

yo, retozando y divirtiéndonos, tirándonos puñados de arena a la cabeza, porque tú ya sabes que a Lucas le gusta retozar, y a mí, a las veces, me viene gana de hacer lo mismo. Retozando de lo lindo estábamos cuando vi que lejos, en el agua, había una cosa que se removía y que bregaba por acercarse a nosotros. Unas veces veía esto que te digo como te veo a ti ahora, y de repente todo se me borraba de la vista. Y yo le dije: «Oye, Lucas: ¿no crees que aquéllos son dos hombres que vienen nadando?» Y él me dice: «Pero ¿tienes telarañas en los ojos? ¡No sabes lo que te dices!» Y yo le digo: «No tengo telarañas en los ojos, ¡canastos!, que son dos hombres.» Y él me dice: «Estás viendo visiones.» Y yo le digo: «¿Quieres apostar algo a que no veo visiones y que éstos son dos hombres que vienen derechos a nosotros, nadando como Dios les da a entender?» «Diantre—me dice Lucas—, apuesto a que no lo son.» «¿Quieres apostarte diez sueldos a que sí?» «Con mil amores—dice él—, y ahí va mi dinero.» Entonces, como yo no me chupo el dedo ni me asusto de nada, eché en el suelo las diez monedas con más coraje que si me hubiese echado al coleteo un vaso de lo fuerte, porque aunque no te lo parezca, Carlota, soy atrevido y hombre que de nada se arredra. Y es que, por lo demás, ya sabía yo que hacía buen negocio. ¡Necio de Lucas! Todavía no habíamos acabado de hacer las apuestas cuando vimos a los dos hombres que bien a las claras nos hacían señas para que fuésemos a socorrerles; pero antes, y por lo que pudiese ocurrir, yo

me eché los cuartos al bolsillo. «Vamos, Lucas—le dije—, hemos de ir en su ayuda.» «Váyanse al diablo, que ellos son los que me han hecho perder los dineros.» Pero, a la postre, tanto le molí a sermones y consejos, que nos metimos en una barca y, a trancas y barrancas, los sacamos del agua. Luego los hemos llevado a nuestra casa, y allí, junto al fuego, se quitaron todos sus aparejos y se quedaron en cueros vivos para secarse junto a la lumbre. En esto estaban cuando aparecieron otros dos, que son de su compañía y que se habían salvado sin ayuda de nadie. También rondaba por allí Matulina, a la que, según parece, requebraba uno de los hombres. Y no ha pasado más, Carlota, de lo que te cuento.

CARLOTA

¿No me decías antes que hay uno mucho más galán que todos los otros?

PIERROT

Sí, el señor de toda esa gente. Tiene que ser algún pez gordo, porque va cubierto de bordados de oro de pies a cabeza. Pero te advierto que los que le sirven son señores encopetados también. Aunque sear tan señorones, si no hubiera sido por este pobrete, ahora estarían tragando agua en el fondo del mar.

CARLOTA

No sería tanto.

PIERROT

¡Diantre! ¡Sin mi persona, apañados estaban!

CARLOTA

Dime, Pierrot: ¿está todavía desnudo aquel señor en tu casa?

PIERROT

¡Quia! Le vistieron sus servidores allí mismo, delante de nosotros. ¡Válgate Dios! ¡En mi vida había visto vestirse a un caballero! ¡Qué embrollos y enredos en aquellos atavíos! No sé cómo pueden moverse dentro de tantas faramallas, y allí me tenías a mí con la boca abierta mirando cómo le engalanaban. Mira, Carlota: en la cabeza se ponen unas melenas que no son tuyas, que se sujetan como quien se pone un gorro de dormir. Gastan unas camisas con tales mangas, que dentro de una de ellas cabríamos tú y yo a nuestras anchas. En vez de calzón llevan una vestimenta más larga que la Cuaresma; no gastan jubón, como nosotros, sino una chaquetilla que no les tapa ni la cintura; en lugar de chorrera, un pañolón de hilo con cuatro esquinas de encaje, que le llegan al estómago, y galas y puntillas hasta en la bocamanga; y para acabar de arreglarlo, dos escarolados con mil perendengues alrededor de las piernas. ¡Cuánto bendito lazo se ponen en todas partes, cintas y cintajos, que bastarían para abrir una tienda! ¡Qué más? Hasta los zapatos llevan con perifollos y arruma-

cos, que están adornados desde la punta al tacón. ¡Y qué zapatos, por mi vida! Si me los pusiese, a los dos pasos me había roto el alma seguramente.

CARLOTA

He de ver todas esas cosas en seguida.

PIERROT

Espera un poco, Carlota. Tengo que hablarte.

CARLOTA

Dime lo que sea.

PIERROT

Hace falta *abrir el corazón*, como dice el otro. Te quiero, Carlota; tú lo sabes mejor que yo, y al fin los dos hemos de casarnos. Pero, ¡canastos!, no estoy contento de ti.

CARLOTA

¿Con esas salimos? Pues ¿qué sucede?

PIERROT

Sucede que no puedo vivir en paz.

CARLOTA

¿Y por qué?

PIERROT

¡Pardiez! Porque no me quieres.

CARLOTA

¿No es mas que eso? Entonces...

PIERROT

No es mas que eso, pero es más que sobrado.

CARLOTA

¡Válgame el Señor! No sabes mas que repetir las mismas palabras.

PIERROT

Es muy natural. Siempre las mismas palabras, porque siempre sucede lo mismo. Si no sucediese siempre lo mismo, no tendría que repetirte las mismas palabras.

CARLOTA

¿Qué quieres? ¿Qué te falta?

PIERROT

¡Diantre! Quiero que me quieras.

CARLOTA

¿Y yo no te quiero?

PIERROT

No me quieres, no, y eso que yo hago todo cuanto puedo para que me pongas buena cara. Te compro cintas siempre que pasan vendiéndolas; paso mil afanes para traerte los nidos de mirlo que te agradan; por mí van a darte serenata los músicos en el día de tu santo, y todo como si machacase en hierro frío. Mala cosa es no querer a las personas que nos quieren...

CARLOTA

Pero ¡válgame Dios! También yo te quiero.

PIERROT

Lindo modo de querer sin ganas.

CARLOTA

¿Qué piensas que debería hacer?

PIERROT

Me agradaría que hicieses lo que hacen las mozas que quieren de veras.

CARLOTA

¿No te quiero de veras?

PIERROT

No. El querer sale siempre a la cara y los enamo-

rados se hacen mil cucamonas a todas horas, cuando se quieren de verdad. Mira aquella moza que se llama Tomasa cómo siempre anda alrededor de su galán, a aquel pobre Robin. No se aparta de él ni a sol ni a sombra y nunca le deja en paz. Siempre anda con sus bromas y pellizcos, y la otra tarde, cuando estaba sentado en un escabel, se dió tal traza para quitárselo, que el mozo dió con su cuerpo en tierra. Esos son quererres y bromas de enamorados; no como tú, que nunca me dices palabra y te quedas como si fueses un poste, y aunque pase por delante de ti cien veces, no haya cuidado que te muevas para darme un empujón o para decirme cualquiera cosa. Eso no está bien, ¡diantre! Parece de hielo.

CARLOTA

¿Qué quieres que haga? Así soy por naturaleza y no puedo ser de otro modo.

PIERROT

¡No hay naturaleza que valga! Cuando se tiene afición a las personas, siempre hay lugar de hacerles alguna fiesta.

CARLOTA

Pues te quiero tanto como yo puedo querer. Si así no te gusta, puedes irte bendito de Dios en busca de otra.

PIERROT

¿Te parece bien lo que hablas? Si me quisieses de amor, ¿dirías eso?

CARLOTA

¿Para qué vienes a molerme con tus majaderías?

PIERROT

¡Diantre! ¿Qué mal hay en lo que digo? Vengo a pedirte un poco de cariño, nada más.

CARLOTA

Déjame tranquila y no me atosigues más. A lo mejor un día, sin saber cómo, me entrará un amor como ese que a ti te gusta.

PIERROT

Trae acá esa mano.

CARLOTA

Tómala.

PIERROT

Prométeme que tratarás de quererme cada día más.

CARLOTA

Haré cuanto pueda; pero el amor viene cuando

le acomoda. (*Viendo venir a DON JUAN.*) Pierrot, ¿es aquél el caballero?

PIERROT

Sí, él es.

CARLOTA

¡Ay, Señor! ¡Qué galán! ¡No fuera una lástima que se hubiese ahogado?

PIERROT

Voy a echar un trago para animarme después de tantas fatigas. Vuelvo al instante.

ESCENA II

DON JUAN, SGANARELLE, CARLOTA *en el fondo.*

DON JUAN

Erramos el golpe, Sganarelle, y la borrasca echó a pique a un mismo tiempo la barca y los planes que teníamos en el magín. Pero, a decir verdad, la moza que dejamos ahora nos consuela de nuestros reveses. Sus encantos han borrado de mi alma todo el despecho que sentía por el mal éxito de nuestra aventura. Es preciso que me haga dueño de ese corazón, en el que he dejado las cosas de suerte que no necesitaré suspirar en balde mucho tiempo.

SGANARELLE

Confieso que me admiráis, señor. Apenas escapado de ese peligro mortal de que acabamos de salir, en vez de dar gracias al Cielo por la merced que os ha hecho, os empeñáis de nuevo en atraer sobre vuestra cabeza los rayos de su cólera, con mil desatentados amores que... (DON JUAN toma un aire amenazador.) Cállate, pícaro. No eres sino un mentecato; tu señor sabe lo que hace. Cállate.

DON JUAN

(Al ver a CARLOTA.) ¡Oh! ¿De dónde sale esta otra moza, Sganarelle? ¿Viste en tu vida aldeana más garrida? ¿No te parece que ésta vale por lo menos lo que la otra?

SGANARELLE

Ciertamente, señor. (Aparte.) Otra nueva pieza a tiro.

DON JUAN

(A CARLOTA.) Hermosa, ¿a qué debo la dicha de encontrarte? En estos campos, entre árboles y breñas, ¿hay criaturas como tú?

CARLOTA

Ya lo veis, señor.

DON JUAN

¿Eres de este pueblo?

CARLOTA

Sí, señor.

DON JUAN

¿Tu nombre?

CARLOTA

Carlota, para serviros.

DON JUAN

¡Qué hermosa muchacha! ¡Qué ojos tiene!

CARLOTA

Señor, me da vergüenza escucharos.

DON JUAN

No tengas vergüenza de oír lo que es muy cierto. Sganarelle, ¿qué te parece? ¿Puede encontrarse moza más bonita? Vuélvete un poco, hazme esa merced. ¡Qué gentil talle! Levanta un poco la cabeza, por favor. ¡Ah, qué lindo rostro! Abre los ojos un poco más, así. ¡Ah, qué hermosos! Los dientes, a ver cómo son... ¡Qué amorosa sonrisa y qué labios tentadores! Estoy maravillado, nunca he visto una muchacha más galana.

CARLOTA

Eso decís, señor; pero a saber si os estaréis burlando de mí.

DON JUAN

¿Burlarme de ti? ¡Dios me libre! Me gustas demasiado para tales burlas y hablo con el corazón en cuanto te he dicho.

CARLOTA

Muy agradecida, señor, si es cierto lo que me decís.

DON JUAN

No me agradezcas nada. Tu belleza todo se lo merece.

CARLOTA

Decís unas cosas tan bien dichas, que no me parecen propias de mi condición... Soy tosca, señor, y no tengo palabras.

DON JUAN

Sganarelle, mira sus manos.

SGANARELLE

Dejad, señor; son más negras que la pez.

DON JUAN

¿Qué dices? Si son las más hermosas del mundo. Dejadme que las bese.

CARLOTA

Señor, es demasiada cortesía la que hacéis a una pobre aldeana. Si hubiera sabido esto me las habría lavado antes con salvado.

DON JUAN

Vamos, dime, hermosa mía: ¿No estarás casada, verdad?

CARLOTA

No, señor. Pronto me desposaré con Pierrot, el de nuestra vecina Simona.

DON JUAN

¿Y una mujer como tú va a casarse con un patán? No, no; sería la profanación de la hermosura; tú no has nacido para vivir sepultada en una aldea. Mereces, sin duda, mejor suerte, y el Cielo, que sabe todo lo que vales, me ha traído aquí a punto para impedir esa boda y hacer justicia a todos tus encantos. Carlota, te digo con el alma entera que te adoro, y en tus manos está el abandonar este rústico lugar para colocarte en el rango que mereces. Te parecerá mi amor súbito en exceso, pero efecto es tan rápida llama de tu extraordinaria hermosura. Más enamora un buen rato pasado en tu compañía que seis meses al lado de otras mujeres.

CARLOTA

La verdad es, señor, que no sé qué cara poner

cuando me habláis. Bien quisiera que todo cuanto me decís fuese cierto, porque me complace escucharos; pero siempre he oído decir que las mozas no deben fiarse de palabras de caballero, porque los cortesanos con tantos suspiros y lindas razones no quieren mas que engañar a las muchachas.

DON JUAN

Pero yo no soy hombre de éstos.

SGANARELLE

(Aparte.) Mucho le importa.

CARLOTA

Mirad, señor: el ser engañada es triste cosa, y yo, aunque villana, también tengo mi honor. ¡Antes querría verme muerta que deshonrada!

DON JUAN

¿Tendría un alma tan ruin que pensara en engañarte? ¿Llegaría mi vileza a causar tu deshonra? No; mi conciencia me impediría ese crimen. Te quiero, Carlota, honrada y lealmente. Tan cierto es, que me propongo tomarte por esposa como Dios manda. ¿Deseas pruebas de lo que te digo? Pues aquí me tienes dispuesto a casarme contigo en cuanto tú lo dispongas. Y si aun quieres más garantías de mi sentimiento, testigo es mi criado de la palabra que te doy en este instante.

SGANARELLE

No tengáis miedo. En un momento arreglaré el casorio.

DON JUAN

¡Ay Carlota! Veo que no me conoces todavía. Confundes mi amor con los amoríos de otros galanes sin conciencia. Cierto es que hay traidores y desleales que sólo quieren gozar la hermosura de una mujer para abandonarla luego; pero no me debes contar a mí entre esos desalmados, y no puedes dudar un momento de la sinceridad de mi fe. Además, ¿qué mayor garantía de mi pasión que tu belleza incomparable? Una mujer tan hermosa como tú, Carlota mía, no debe temer el abandono: no es posible engañar y dejar luego a belleza tan arrobadora. ¡Me partiría el corazón con mis propias manos si hubiese pasado un instante por mi mente la idea de engañarte!

CARLOTA

¡Ay Dios mío! No sé si decís verdad o mentira, pero vuestras palabras me suenan como verdades.

DON JUAN

Es cierto cuanto te digo y me haces justicia al reconocerlo. Otra vez vuelvo a reiterarte mi promesa. ¿No aceptarás? ¿Consentirás al cabo en ser mi esposa?

CARLOTA

Sí, señor; con el permiso de mi tía.

DON JUAN

Déjame estrechar tu mano, porque ya veo que tu voluntad consiente.

CARLOTA

Pensad bien, señor, en que sería un pecado engañarme... ¡Voy de tan buena fe!...

DON JUAN

¿Qué dices? ¿Dudas todavía? ¿Quieres que te lo prometa con terribles juramentos? Quieran los cielos que...

CARLOTA

No, por Dios. No juréis, que os creo sin jurármelo.

DON JUAN

Dame ahora un beso nada más, en prenda de tus palabras.

CARLOTA

¡Ay señor! Esperad que nos echen las bendiciones, y luego os daré tantos como queráis.

DON JUAN

Me avengo a todos tus caprichos, hermosa mía.

DON JUAN.

Sólo te pido que me des la mano, para que, besándola mil veces, pueda decirte cuánto te adoro y qué alegría llena mi corazón...

ESCENA III

DON JUAN, SGANARELLE, PIERROT, CARLOTA.

PIERROT

(Dando un empujón a DON JUAN, que besa la mano de CARLOTA.) Poco a poco, señor mío. Basta de bromas, si os place. Lo tomáis con demasiado calor y podríais coger un tabardillo.

DON JUAN

(Empujando con violencia a PIERROT.) ¿A qué viene ahora este importuno?

PIERROT

(Interponiéndose entre DON JUAN y CARLOTA.) Os digo que estéis quedo y no os dé la vena por acariciar a nuestras prometidas.

DON JUAN

(Volviendo a empujar a PIERROT.) ¡Cuántas palabras inútiles!

PIERROT

¡Diantre! ¡No es modo éste de apartar al que está delante!

CARLOTA

(*Cogiendo por el brazo a PIERROT.*) Déjale, Pierrot, que haga lo que le plazca.

PIERROT

¿Que haga lo que le plazca? No en mis días.

DON JUAN

¡Ah!

PIERROT

¡Mil demonios! ¿Sólo porque sois un caballero venís aquí y os ponéis a acariciar a nuestras mujeres en nuestras propias barbas? Idos enhorabuena a hacer caricias a vuestras damas.

DON JUAN

¿Eh?

PIERROT

¿Eh? (*DON JUAN le da una bofetada.*) ¡Diantre! No me peguéis. (*Nueva bofetada de DON JUAN.*) ¡Mil diablos! (*Otra bofetada.*) ¡Por vida de...! (*Otra bofetada.*) ¡Mil demonios! ¡Por mi vida que...! No está bien pegar de esa manera. ¡Linda recompensa después de haberos sacado del agua más muerto que vivo!

CARLOTA

¡No te enfades, Pierrot!

PIERROT

¡Quiero enfadarme! Buena pécora estás hecha cuando aguantas así que te acaricien.

CARLOTA

Pierrot, no van las cosas por el camino que tú sospechas. Este caballero se quiere casar conmigo.

PIERROT

¡Mil demonios! No lo verán sus ojos, porque eres mi prometida.

CARLOTA

Eso es lo de menos, Pierrot. Dices que me quieres mucho. Si es cierto, ¿te gustará verme convertida en dama principal?

PIERROT

¡Por vida mía! ¡Antes mueras cien veces que verte con otro!

CARLOTA

No te desesperes, Pierrot. Si llego a ser señora, yo me arreglaré para darte a ganar buenos dineros. Nos llevarás a casa queso y manteca.

PIERROT

¡Con mil demonios! No llevaría nunca a tu casa ni un bocado, aunque me pagases dos veces lo que vale. ¡Bien se conoce que te gusta oír las razones que te parla el galán! ¡Por vida de...! Si hubiese sabido esto hace unas horas, no habría sido tan tonto que le sacase del agua como un pollo mojado. ¡Antes le hubiera dado un buen porrazo en la cabeza con el remo!

DON JUAN

(*Acercándose a PIERROT para pegarle.*) ¡Qué estás diciendo?

PIERROT

(*Escondiéndose detrás de CARLOTA.*) ¡Mil diablos! A mí nadie me mete miedo.

DON JUAN

(*Yendo al lado de PIERROT.*) Vamos a verlo.

PIERROT

(*Volviendo adonde estaba antes.*) ¡Tanta cólera me importa un bledo!

DON JUAN

¡Eso ha de verse! (*Al mismo tiempo que corre tras PIERROT.*)

PIERROT

(Escondiéndose de nuevo detrás de CARLOTA.) Estoy muy curtido en estos lances.

DON JUAN

¡Bueno!

SGANARELLE

¡Eh, señor! Dejad en paz a ese infeliz. Diera reparos pegarle. *(A PIERROT, poniéndose entre éste y DON JUAN.)* Escapa en buen hora, pobre mozo, y no digas palabra.

PIERROT

(Pasando con cómica altivez frente a DON JUAN.) ¡Querría decirle algunas razones!...

DON JUAN

(Levantando la mano para dar una bofetada a PIERROT.) ¡Ah, he de enseñarte que...!

(PIERROT baja la cabeza y SGANARELLE recibe el bofetón.)

SGANARELLE

¡Llévese el diablo a este majadero!

DON JUAN

(A SGANARELLE.) La caridad recompensada.

PIERROT

¡Diantre! ¡Voy a contar todas estas novedades a su tía!

ESCENA IV

DON JUAN, CARLOTA, SGANARELLE.

DON JUAN

(A CARLOTA.) Llegará al fin el instante en que sea el más dichoso de los hombres, con una felicidad tal que no cambiaría por todo lo del mundo. ¡Qué dicha cuando seas mi esposa, cuando pueda...!

ESCENA V

DON JUAN, MATURINA, CARLOTA, SGANARELLE.

SGANARELLE

(Viendo aparecer a MATURINA.) ¡Ah!, ¡ah!

MATURINA

(A DON JUAN.) Señor, ¿qué tenéis que hacer aquí con Carlota? ¿Sin duda también le habláis de amor?

DON JUAN

(Aparte a MATURINA.) No, todo lo contrario.

Era ella la que me decía que desearía ser mi esposa; pero le he contestado que estaba comprometido contigo.

CARLOTA

(*Aparte a DON JUAN.*) ¿Qué os quiere Maturina?

DON JUAN

(*Aparte a CARLOTA.*) Está llena de celos al verme hablar contigo, y quería que la hiciese mi esposa; pero ya le he dicho sin rodeos que es a ti a quien prefiere mi corazón.

MATURINA

Pero Carlota...

DON JUAN

(*Aparte a MATURINA.*) Todo cuanto digas será perdido; tiene la cabeza llena de humo.

CARLOTA

Te atreves, Maturina...

DON JUAN

(*Aparte a CARLOTA.*) En vano la hablarás, que no hay modo de quitar ese capricho de su magín.

MATURINA

Acaso...

DON JUAN

(*Aparte a Maturina.*) No hay modo de hacerla entrar en razón.

CARLOTA

Es el caso que...

DON JUAN

(*Aparte a Carlota.*) No adelantarás nada de su terquedad.

MATURINA

La verdad es que...

DON JUAN

(*Aparte a Maturina.*) No le digas palabra. Está loca.

CARLOTA

Me parece que...

DON JUAN

(*Aparte a Carlota.*) No hagas caso. Está ida.

MATURINA

No; he de hablarla, a pesar de todo.

CARLOTA

Quiero escuchar sus razones.

MATURINA

Pero ¿es posible?

DON JUAN

(*Aparte a MATURINA.*) Apuesto cualquier cosa a que te dirá que le he propuesto casarme con ella.

CARLOTA

Yo...

DON JUAN

(*Aparte a CARLOTA.*) Apostaría que va a asegurarte que le he dado palabra de casamiento.

MATURINA

Carlota, no está bien meterse en el campo de las demás.

CARLOTA

Tampoco es decente tener celos porque este caballero me corteje...

MATURINA

A mí me encontró antes.

CARLOTA

Si te encontró primero, después me encontró a mí, y me ha prometido hacerme su esposa.

DON JUAN

(*Aparte a MATURINA.*) ¿No te lo había dicho?

MATURINA

(A CARLOTA.) Mil gracias por la nueva. A mí, y no a ti, ha escogido por esposa.

DON JUAN

(Bajo a CARLOTA.) ¿No acerté en lo que te advertía?

CARLOTA

Ese cuento para otro. Te digo que soy yo.

MATURINA

Te burlas de nosotros. Soy yo la que ha de casarse con el caballero.

CARLOTA

Aquí está y no me dejará mentir, si no es cierto lo que digo.

MATURINA

Aquí está para desmentirme si no digo la verdad.

CARLOTA

¿Es cierto, señor, que le habéis prometido casaros con ella?

DON JUAN

(Bajo a CARLOTA.) ¿Te burlas de mí, Carlota?

MATURINA

¿Es cierto, señor, que le habéis dado palabra de casamiento?

DON JUAN

(*Aparte a MATURINA.*) ¿Puedes creer tal cosa?

CARLOTA

Mirad cómo lo asegura.

DON JUAN

Déjala decir.

MATURINA

Testigo soy de que lo afirma.

DON JUAN

Déjala hacer.

CARLOTA

No, no. Necesitamos saber la verdad.

MATURINA

Es preciso saber quién tiene razón.

CARLOTA

Sí, Maturina, deseo que el señor te deje compuesta y sin novio.

MATURINA

Sí, Carlota, estoy deseando que el señor te deje corrida como una mona.

CARLOTA

Señor, hacednos la merced de zanjar la cuestión.

MATURINA

Arreglad este asunto, señor.

CARLOTA

(A MATURINA.) Ya verás...

MATURINA

(A CARLOTA.) Tú vas a ver.

CARLOTA

(A DON JUAN.) Decid.

MATURINA

(A DON JUAN.) Hablad.

DON JUAN

¿Qué queréis que os diga? Ambas aseguráis que os he prometido tomaros por esposas. ¿No sabéis las dos lo que hay de cierto en estas palabras? ¿Para qué necesitáis que vuelva a repetiros lo que ya está

dicho? Aquella a quien he prometido en verdad que sería mi esposa, ¿no sabe a ciencia cierta cuál es la elegida, y no puede reírse a mandíbula batiente de lo que dice la otra? ¿Por qué ha de inquietarse, si yo estoy dispuesto a cumplir mi promesa? De poco sirven las palabras: obras son amores. Sólo los hechos os darán la razón, y veremos el día que me case cuál de las dos se hizo dueña de mi alma. (*Aparte a Maturina.*) Déjala que crea lo que se le antoje. (*Aparte a Carlota.*) Déjala que se figure lo que más le agrade. (*Aparte a Maturina.*) Te adoro. (*Aparte a Carlota.*) Soy tuyo en cuerpo y alma. (*Aparte a Maturina.*) Ante ti quedan eclipsadas todas las bellezas. (*Aparte a Carlota.*) Después de mirarte, ¿quién osará mirar a las demás? (*Alto.*) Tengo que dar algunas órdenes y he de marchar. Dentro de muy poco estaré de vuelta.

ESCENA VI

CARLOTA, MATURINA y SGANARELLE.

CARLOTA

(*A Maturina.*) A mí es a quien quiere.

MATURINA

Se casará conmigo. (*Dirigiéndose a Carlota.*)

SGANARELLE

(*Deteniendo a CARLOTA y a MATURINA.*) ¡Sois unas pobres infelices! Pena me da vuestra inocencia, y no puedo contenerme al veros correr hacia la perdición. Creedme ambas. No os dejéis engañar por esos lindos romances y quedaos tranquilas en vuestro pueblo.

ESCENA VII

DON JUAN, CARLOTA, MATURINA y SGANARELLE.

DON JUAN

(*Aparte, en el foro.*) Me gustaría saber por qué Sganarelle no viene conmigo.

SGANARELLE

¶ Mi señor es lo más falso de cuanto existe. No piensa sino en engañaros como ha engañado a otras muchas; por su gusto, se casaría con el género humano y... (*Viendo a DON JUAN.*) Esto no es cierto. Si alguien os dice semejante cosa, decidle que miente como un bellaco. Mi señor no se ha casado con el género humano; mi señor no es falso; mi señor no piensa en engañaros ni pensó en engañar a otras muchas. ¡Ah! ¡Ahí le tenéis! Preguntádselo a él mismo.

DON JUAN

(*Mirando a SGANARELLE y sospechando que ha hablado.*) Sí.

SGANARELLE

Señor, como el mundo está lleno de murmuradores, me adelantaba a los hechos, y por eso les decía que si alguien les habla mal de mi señor se guarden mucho de creerle y no dejaren de decir al maldiciente que miente como un bellaco.

DON JUAN

¡Sganarelle!

SGANARELLE

(*A CARLOTA y a MATURINA.*) Mi amo es hombre de honor, yo os lo fío.

DON JUAN

¡Oh!

SGANARELLE

Aquí viene un importuno.

ESCENA VIII

DON JUAN, LA RAMÉE, CARLOTA, MATURINA,
SGANARELLE.

LA RAMÉE

(*Aparte a DON JUAN.*) Señor, vengo a advertiros que no estáis seguro en este sitio.

DON JUAN

¿Cómo?

LA RAMÉE

Os buscan doce jinetes que están a punto de llegar. Ignoro cómo pueden haberos seguido; pero supe la nueva por un aldeano, al que interrogaron y al que dieron todas vuestras señas. Urge la decisión, y debéis cuanto antes ponerlos en salvo.

ESCENA IX

DON JUAN, CARLOTA, MATURINA, SGANARELLE.

DON JUAN

(*A CARLOTA y MATURINA.*) Un asunto urgente me obliga a marchar; pero os ruego que no olvidéis la palabra que he dado, y os prometo que antes de la noche de mañana tendréis noticias mías.

DON JUAN.

ESCENA X

DON JUAN *y* SGANARELLE.

DON JUAN

Esas gentes juegan la partida con ventaja, y preciso será con astucia escapar de la desgracia que me persigue. Sganarelle se pondrá mis ropas y yo...

SGANARELLE

Bromeáis, señor. Exponerme a que me maten dentro de vuestro traje y...

DON JUAN

Vamos, de prisa. Te honro demasiado con esta decisión. Demasiado honor. ¡Dichoso el criado que puede dar la vida por su señor!

SGANARELLE

Mil gracias por tal merced. (*Solo.*) ¡Dios mío, si de muerte se trata, libradme de ser confundido con nadie!

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

El escenario representa un bosque.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, *en traje de campo*; SGANARELLE, *vestido de médico*.

SGANARELLE

A fe mía, señor, que no tendréis más remedio que celebrar mi ingenio, porque ambos estamos disfrazados de portentosa manera. Esta sí que es solución acertada, y no aquellas primeras ideas que tuvisteis. ¡Cuánto más desconocidos estamos de esta suerte!

DON JUAN

Cierto es que te encuentro admirable. ¿De dónde demonios has sacado ese grotesco disfraz?

SGANARELLE

¿Disfraz decís? Es el traje de un médico viejo que lo tenía cautivo donde yo me sé; mi dinero me costó sacarlo. Pero ignoráis, señor, que la virtud

mágica de estas hopalandas me prestan honor y autoridad, y así no hay aldeano que no me haga reverentes saludos al encontrarme, y muchos vienen a consultar mi gran sabiduría.

DON JUAN

¿Cómo es eso?

SGANARELLE

Cinco o seis aldeanos, al verme pasar, me han preguntado mi opinión acerca de sus achaques, y hasta han querido que les recete.

DON JUAN

¿Les dirías que estabas ayuno de esa ciencia?

SGANARELLE

¿Yo? Al contrario. He querido sostener el honor de mis vestiduras y he hablado de sus enfermedades y le hice su receta a cada cual.

DON JUAN

¿Y qué remedios les recetaste?

SGANARELLE

A fe mía que no sé muy bien cómo salí del atolladero. Les hice mis recetas a la buena de Dios. ¡Sería de ver que sanasen los infelices y viniesen a darme gracias por mi acierto!

DON JUAN

¿Y por qué no? ¿Por qué no has de tener tú privilegios idénticos a los que tienen los demás médicos? No creas que toman más parte que tú has tomado para sanar a sus enfermos: todo su arte es pura farsa. Se contentan con recibir la gloria en los casos afortunados. También tú, como ellos, puedes aprovecharte de la buena suerte de algunos enfermos y achacar a tus pócimas a aquello que es obra de la casualidad o de las fuerzas de la naturaleza.

SGANARELLE

¿Tan incrédulo sois en Medicina?

DON JUAN

Es uno de los grandes errores de los hombres.

SGANARELLE

Pero, señor, ¿no creéis ni en el sen, ni en la casia, ni en el vino emético?

DON JUAN

Pero ¿qué te importa a ti que crea o no crea?

SGANARELLE

Tenéis un alma muy descreída. Sin embargo, desde hace tiempo el vino emético viene dando

mucho que hablar. Los milagros que ha realizado convierten hasta a los más incrédulos. Y no hace tres semanas, el mismo que os habla ha sido testigo de un portento.

DON JUAN

¿Qué fué ello?

SGANARELLE

Un hombre llevaba en la agonía seis días; ya no atinaban los médicos con lo que habían de recetarle; ninguna medicina le reanimaba; pero entonces se les ocurre darle ese vino maravilloso.

DON JUAN

¿Y sanó?

SGANARELLE

Murió al instante.

DON JUAN

¡Gran resultado!

SGANARELLE

¡Cómo! Si llevaba seis días con seis noches y sin morir de una vez, y unas gotas del célebre vino le hicieron acabar al momento. ¿Puede haber mayor eficacia?

DON JUAN

Es cierto.

SGANARELLE

Dejemos a un lado la Medicina, para la que tan poca fe tenéis, y hablemos de otra cosa, porque este traje me hace ingenioso y me veo en vena de discutir de lo humano y lo divino. Bien sabéis que toleráis mis discusiones, y tan sólo las amonestaciones me están prohibidas.

DON JUAN

¿Adónde vas a parar?

SGANARELLE

Deseo conocer a fondo vuestras creencias. ¿Posible es que no creáis en el poder celeste?

DON JUAN

Dejemos este tema.

SGANARELLE

Es decir, no creáis. ¿Y en el infierno?

DON JUAN

¡Oh!

SGANARELLE

Tampoco. Pero ¿y en el diablo?

DON JUAN

Sí, sí.

SGANARELLE

Casi nada. ¿No creéis en la otra vida?

DON JUAN

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

SGANARELLE

Sois un hombre muy difícil de convertir. Pero decidme en confianza: ¿tampoco creéis en los aparecidos?

DON JUAN

¡Qué necio eres!

SGANARELLE

Esto sí que no puedo soportarlo, porque lo de los aparecidos es tan cierto que me dejaría cortar la cabeza para atestiguarlo. ¿Hay entonces alguna cosa en el mundo que se deba creer? ¿Qué es lo que creéis, señor?

DON JUAN

¿Qué es lo que yo creo?

SGANARELLE

Sí.

DON JUAN

Creo que dos y dos son cuatro, Sganarelle, y que cuatro y cuatro son ocho.

SGANARELLE

¡Lindas creencias y hermosos artículos de fe! Por lo que veo, ¿nuestra religión es la aritmética? La verdad es que los hombres tienen extrañas manías y muchas veces, a fuerza de estudios y cavilaciones, pierden la rectitud del corazón. En cuanto a mí, señor, nadie me ha enseñado nunca ni una letra, en buen hora lo diga, ni jamás he estudiado como hacen los caballeros; pero con mi poco discurso y una miaja de sentido común entiendo las cosas y me las explico mejor que un libro. Así, nadie me hará creer a mí que este mundo que vemos apareció sin saber cómo y en una noche, como si fuese una seta. ¡Quia! Me gustaría que pudieseis contestarme a estas preguntas: ¿Quién ha hecho estos árboles, estas rocas, la tierra que pisamos, el cielo que nos cubre? ¿Podrían hacerse por sí mismos? Y vuestra misma presencia, señor, vuestra existencia, ¿tendría explicación si vuestro padre no hubiese dejado encinta a vuestra madre para daros la vida? ¿Qué más, señor?... ¿Podéis admirar la maquinaria tan enrevesada que forma el hombre sin admiraros de la manera con que todo está dispuesto? Los nervios, los huesos, las venas, las arterias, los..., el pulmón, el corazón, el hígado y todos los demás ingredientes que tenemos dentro y que... Vamos, señor, hacedme la merced de interrumpirme, porque sin interrupciones no puedo discutir... Ya lo sabéis y por eso os calláis, dejándome hablar por socarronería.

DON JUAN

Espero a que expongas tus argumentos.

SGANARELLE

Mi argumento, señor, es que hay en el hombre algo admirable que ningún sabio del mundo podrá explicar. ¿No es una maravilla que estando yo aquí pueda mi cabeza pensar cien cosas distintas en un momento y que mi cuerpo haga lo que la cabeza le ordena? Si quiero doy palmadas, alzo los brazos, levanto al cielo los ojos, bajo la cabeza, muevo los pies, voy a la derecha, a la izquierda, adelante, atrás, doy vueltas... (*Al dar vueltas cae.*)

DON JUAN

Bueno. Ya tienes a tu argumento desnarigado.

SGANARELLE

¡Pardiez! Bien necio soy en ponerme a razonar para convenceros. Creed lo que os acomode; mucho me importa que os condenéis.

DON JUAN

Pero con tantos razonamientos y discursos me parece que nos hemos extraviado. Llama a aquel hombre que se ve allá lejos y pregúntale por el camino.

ESCENA II

DON JUAN, SGANARELLE, UN POBRE.

SGANARELLE

¡Hola! ¡Alto! ¡Eh, buen hombre! Amigo, haced el favor de escuchar una palabra. ¿Cuál es el camino de la ciudad?

EL POBRE

No hay mas que seguir este sendero y torcer hacia la derecha a la salida del bosque. Tened cuidado y caminad alerta, porque hay salteadores en estos contornos.

DON JUAN

Gracias, buen hombre, por tus consejos, que te agradezco de corazón.

EL POBRE

Dadme, señor, una limosnita.

DON JUAN

Por lo visto, tus consejos eran con su cuenta y razón.

EL POBRE,

Soy un pobre desgraciado que vive en soledad

en este bosque desde hace diez años, y no dejaré de rezar al Señor para que os dé toda suerte de bienes.

DON JUAN

Pide al Señor que te dé un vestido sin agujeros y déjate de ocupar en los asuntos de los que pasan

SGANARELLE

Buen hombre, no sabéis todavía con quién habláis. Don Juan no cree mas que dos y dos son cuatro y cuatro y cuatro ocho.

DON JUAN

¿Qué hacéis metido en estos matorrales?

EL POBRE

Pedir al Señor desde la mañana a la noche la prosperidad de las buenas almas que me socorren con alguna limosna.

DON JUAN

¿A ti no te faltará nada, verdad?

EL POBRE

¡Ay, señor! Vivo en la mayor miseria.

DON JUAN

Quieres engañarnos. ¿Cómo puede ser que un hombre que reza de la mañana a la noche no tenga suerte en todos sus negocios?

EL POBRE

Os aseguro, señor, que muchos días no tengo ni un pedazo de pan que llevarme a la boca.

DON JUAN

¡Extraña suerte! Poco caso hacen de tu buena voluntad. ¡Ah, ah! Ahora mismo voy a darte un luis de oro si te atreves a jurar delante de mí.

EL POBRE

¿Cómo queréis, señor, que me atreva a cometer ese pecado?

DON JUAN

Tú verás si quieres o no quieres ganar un luis de oro. Míralo: te lo doy en cuanto jures. Pero sin eso no hay moneda.

EL POBRE

Señor...

DON JUAN

Sin juramentos no hay dinero.

SGANARELLE

Vamos, decídete: jura un poco... Eso no tiene nada de malo.

DON JUAN

Toma, cógela. Pero jura de una vez.

EL POBRE

No, señor. Antes moriré de hambre.

DON JUAN

Vaya, toma. Te la doy por amor a la humanidad. *(Mirando hacia el bosque.)* ¿Qué veo? Un hombre atacado por otros tres. Muy desigual es la partida y no puedo tolerar tan cobarde intento. *(Echa mano a la espada y corre al lugar de la contienda.)*

ESCENA III

SGANARELLE

(Solo.) Mi amo está dejado de la mano de Dios. ¡Ir a meterse en ese lance que no va con él! Pero no fué inútil su espada, porque los otros tres salen huyendo.

ESCENA IV

DON JUAN, DON CARLOS, SGANABELLE *en el fondo.*

DON CARLOS

(*Envainando la espada.*) Bien se echa de ver el valor de vuestro socorro ante la huída de esos bandoleros. Permitted, señor, que os dé gracias por tan esforzada acción y que...

DON JUAN

No he hecho más, señor, de lo que habríais hecho en mi lugar. En estas aventuras va nuestro honor de caballeros; y el ataque de esos pícaros era tan cobarde, que fuese tomar parte en su cobardía el no oponerse con la espada a ella. Pero ¿cómo habéis caído en manos de esos miserables?

DON CARLOS

Me he extraviado, sin quererlo, de mi hermano y la gente que le acompaña, y cuando trataba de encontrarlos topé con estos salteadores, que empezaron dando muerte a mi caballo y hubiesen hecho lo mismo conmigo a no haberlo impedido vuestro brazo.

DON JUAN

¿Os proponéis encaminaros a la ciudad próxima?

DON JUAN.

DON CARLOS

Sí, mas sin entrar en ella. Mi hermano y yo nos vemos obligados a vigilar el campo por una de esas enojosas situaciones que fuerzan a los hidalgos y a sus familias a sacrificarse en aras del honor. Triste suerte en todo caso, ya que el más feliz éxito siempre es doloroso, y si no se pierde la vida en el lance, ha de abandonarse la patria por algún tiempo. Motivo es el que os digo para que me parezca muy desdichada la condición de gentilhombre, ya que, a pesar de toda la prudencia y moderación de su conducta, no puede librarse por las leyes del honor de estar a merced de los desórdenes e imprudencias de los demás, y ver su vida, su tranquilidad y su hacienda amenazadas por el primer temerario a quien se le antoje inferirle una de esas ofensas por las que ha de jugarse la vida un hombre de honor.

DON JUAN

Sólo existe una ventaja, y es que se puede poner en igual aprieto y hacer correr los mismos riesgos al caprichoso a quien se le antojó divertirse a costa nuestra. ¿No sería indiscreto preguntaros qué asunto os trae aquí?

DON CARLOS

El asunto ha llegado a término tal que no sería posible guardar el secreto; porque cuando la afren-

ta se ha consumado, no sería de caballeros esconder la deshonra; antes al contrario, se ha de publicar la venganza y que sepan todos lo que el ofendido intenta. De esta suerte no puedo disimular nuestra pena, y he de confesaros que tratamos de vengar el rapto y la seducción de una hermana nuestra que vivía retirada en un convento. El autor de tal afrenta es don Juan Tenorio, el hijo de don Luis. Buscámosle hace días, y esta mañana seguíamos sus pasos de cerca, a juzgar por las palabras de un criado, el cual aseguró que don Juan se dirigía hacia aquí a caballo, acompañado de cuatro o cinco servidores. Todos caminaban siguiendo la costa; pero a pesar de nuestras previsiones y cuidados no hemos podido dar con él.

DON JUAN

¿Conocéis, señor, a ese don Juan de que habláis?

DON CARLOS

Nunca le he visto y sólo le conozco por la pintura que de él hace mi hermano. Pero su fama no es envidiable y hombre es cuya vida...

DON JUAN

Callaos, señor, os lo suplico. Es don Juan algo amigo mío y sería poco airoso oír hablar mal de persona a quien aprecio.

DON CARLOS

Por el reconocimiento que os debo, señor, no diré una palabra más; poca cosa es, después de haberme salvado la vida, que calle ante vuestra presencia y no nombre a quien conocéis, ya que al hablar no tendría otro remedio que hacerlo de mala manera. Pero por muy amigo suyo que seáis, no creo que aprobéis su acción, y no extrañaréis que tratemos de vengar este ultraje.

DON JUAN

Al contrario, deseo serviros en esto y ahorraros fatigas inútiles. Soy amigo de don Juan, no puedo evitarlo; pero no encuentro justo que así ofenda a buenos caballeros, y me comprometo en su nombre a daros satisfacción cumplida.

DON CARLOS

¿Qué satisfacción puede darse a tal agravio?

DON JUAN

La mayor que pueda desear vuestro honor; y sin que os molestéis de nuevo en buscar a don Juan, me ofrezco a presentároslo en el sitio que escojáis y el día que os acomode.

DON CARLOS

¡Esperanza grata para un corazón ofendido!

¡Pero, después de cuanto os debo, sería muy penoso para mí que fueseis de la partida!

DON JUAN

Tan adicto soy a don Juan, que no podría bairse sin que yo estuviese a su lado. Pero os respondo de mi amigo como de mí mismo, y no tenéis sino decirme cuándo ha de comparecer para daros satisfacción.

DON CARLOS

¡Qué suerte adversa! ¡Por qué, debiéndoos mi vida, habíais de ser amigo de don Juan?

ESCENA V

DON ALONSO, DON CARLOS, DON JUAN, SGANARILLE.

DON ALONSO

(Dirigiéndose a los de su séquito sin reparar en DON CARLOS y DON JUAN.) ¡Dad de beber a los caballos y llevadlos del diestro tras nosotros, porque deseo andar un rato. *(Al ver a DON JUAN y a DON CARLOS.)* ¡Cielos! ¡Qué veo? Hermano, estáis ante nuestro enemigo mortal...

DON CARLOS

¡Nuestro enemigo?

DON JUAN

(*Echando mano a la empuñadura de la espada.*)
 Sí, yo soy don Juan, y aunque sois muchos contra mí, no he de ocultar ni un instante mi nombre.

DON ALONSO

(*Con la espada en la mano.*) ¡Ah traidor! ¡Has de morir! (SGANARELLE *huye a esconderse.*)

DON CARLOS

¡Hermano, deteneos! Le debo la vida, y a no ser por su brazo habría muerto por la codicia de unos bandoleros.

DON ALONSO

¿Y por eso hemos de perdonarle? Los favores que recibimos de manos desleales no son bastantes a obligar nuestro agradecimiento. Si midieseis favor y afrenta, comprenderíais, hermano, cuán ridículos son vuestros escrúpulos. El honor es mil veces más precioso que la vida, y ser deudor de ésta nada significa cuando el mismo que nos salvó de la muerte arrebató nuestra honra.

DON CARLOS

Bien sé, Alonso, que para un caballero el honor vale más que la vida, y aunque agradecido, no olvido el agravio. Pero permitid que devuelva a mi salvador el don que me hizo, que le pague en este

instante la vida que le debo, y que, aplazando por unos días nuestra venganza, goce, aunque con brevedad, la recompensa de su generosa acción.

DON ALONSO

No; la venganza se hace incierta al aplazarla y tal vez no volvamos a hallar lugar para castigar su infamia. El Cielo nos pone a este hombre en nuestro camino; aprovechemos la ocasión prestamente. Cuando las manchas de la honra son tan grandes, no hay miramiento ni razón que basten a detener la justa cólera del ofendido. Si acaso os repugna ayudarme con vuestra espada en este trance, alejaos y dejad que sólo mi brazo alcance la gloria de esta venganza.

DON CARLOS

¡Por favor, hermano...

DON ALONSO

¡Inútiles palabras! ¡Ha de morir!

DON CARLOS

Deteneos, hermano, os lo suplico. No consentiré en modo alguno que su vida se vea en peligro. Juro al Cielo que le defenderé contra quien fuere y que la vida que me ha salvado será muralla que le proteja. ¡Antes de matarle habrías de atravesarme el pecho!

DON ALONSO

¿Así os revolvéis contra mí, ayudando al adversario? ¿En vez de cólera y rabia, tenéis para él palabras tiernas y sentidas?

DON CARLOS

Alonso: hasta cuando la razón nos asiste hemos de mostrar moderación, y no es bueno lavar la honra poseído de la pasión que desborda de vuestras palabras. Debemos ser dueños de nuestro corazón, valerosos sin ferocidad, y que nuestros actos nazcan del propósito de la razón y no de los ciegos impulsos de la cólera. No quiero quedar en deuda con mi enemigo, y por eso, ante todo, he de pagarle el favor que me hizo. Nuestra venganza no será menor al aplazarse, sino que ganará con esa tregua; y el no tomarla en este momento hará que parezca más justa a los ojos de cuantos la conozcan.

DON ALONSO

¡Extraña flojedad, loca ceguera que así aventura la justa causa del honor por quiméricas obligaciones!

DON CARLOS

¡No, hermano, no os enojéis! Cuando cometo una falta sé también repararla, y a mi cargo queda cuidar de nuestro honor. Conozco a cuánto obliga, y si aplazo un día el repararlo, no haré sino ganar

en ardimiento con tal espera. Don Juar: bien veis cuánto me importa pagaros el favor que me hicisteis, y de ello podréis sacar en consecuencia que tengo tanto empeño en pagar lo que debo como en exigir lo que me adeudan los demás, y no seré menos celoso en responder a la injuria que al beneficio. No creo prudente que expliquéis ahora vuestros sentimientos, y libre sois de pensar la resolución que habéis de tomar. Sabéis muy bien toda la afrenta que hicisteis a nuestro nombre, y os ruego que seáis juez en la causa y sentenciéis las reparaciones que merece. Medios tenéis para satisfacernos de amistosa manera; medios hay también sangrientos y dolorosos. Escoged los que os plazcan; pero ya sabéis que, sean los que sean, os habéis comprometido en nombre de don Juan a dar cumplida reparación. Pensad en ello, y no olvidéis que si nos volvemos a encontrar, sólo a mi honor escucharé.

DON JUAN

Nada os he pedido y sabré mantener mi palabra.

DON CARLOS

Vamos, hermano. Un instante de clemencia no mengua en nada la severidad del deber que hemos de cumplir.

ESCENA VI

DON JUAN *y* SGANARELLE.

DON JUAN

¡Hola, Sganarelle!

SGANARELLE

(Saliendo de su escondite.) ¿Qué mandáis?

DON JUAN

¿Cómo es esto, pícaro? ¿Así te escondes cuando atacan a tu señor?

SGANARELLE

Perdonad; estaba aquí cerca. No sé qué virtudes purgantes tiene mi traje, que llevándolo es como si hubiese tomado una medicina.

DON JUAN

¡Llévese el diablo al deslenguado! ¡Al menos, aprende a poner un velo más decoroso a tu cobardía!... ¿Sabes quién era aquel a quien salvé la vida?

SGANARELLE

Lo ignoro, señor.

DON JUAN

Un hermano de Elvira.

SGANARELLE

Un...

DON JUAN

Es un caballero, y como tal se ha portado. Lamento tener que habérmelas con él...

SGANARELLE

Fácil os será llevarlo todo por buen camino.

DON JUAN

Sí; pero ya se apagó mi pasión por doña Elvira, y soy enemigo declarado de la fidelidad. Me gusta ser libre en el amor, ya lo sabes, y no me avendría a encerrar mi corazón entre cuatro paredes. Mil veces te lo he dicho: tengo inclinación natural a dejarme arrastrar por todo cuanto me agrada. Mi corazón es de todas las mujeres hermosas; asunto suyo es tenerlo unas después de otras y ver cuánto tiempo logran tenerlo cautivo. Pero ¿qué edificio grandioso es el que se ve entre los árboles?

SGANARELLE

¿No lo sabéis?

DON JUAN .

No, a fe mía.

SGANARELLE

Pues es el panteón que estaba levantando el Comendador cuando le disteis muerte.

DON JUAN

¡Tienes razón! No sabía que estaba hacia esta parte. La gente se hace lenguas de esta obra y celebra mucho también la estatua del Comendador. Ganas me dan de entrar a verla.

SGANARELLE

Señor, no debéis entrar.

DON JUAN

¿Por qué?

SGANARELLE

No parece cortés ir a visitar a un hombre que habéis matado.

DON JUAN

Al contrario, mi visita es dechado de cortesía, y si es cumplido caballero, me recibirá de muy buen talante. Vamos, entremos. (*El panteón se abre y se ve la estatua del COMENDADOR.*)

SGANARELLE

¡Válgame cuánta hermosura! ¡Qué buenas esta-

tuas! ¡Qué buen mármol! ¡Qué buenas columnas!
¡Qué hermoso es todo! ¡Qué decís de ello, señor?

DON JUAN

Que no puede llegar a más la ambición de un
muerto. Y lo que más me asombra es que un hom-
bre que en vida se contentó con tan sencilla casa,
tenga otra tan magnífica cuando de nada le sirve.

SGANARELLE

Mirad la estatua del Comendador.

DON JUAN

¡Pardiez! No hace mala figura con su traje de
emperador romano.

SGANARELLE

A fe mía, señor, que lo han hecho a las mil ma-
ravillas. Parece que está hablando. Nos echa unas
miradas que, a encontrarme yo solo, estaría tem-
blando de miedo; cualquiera diría que no se alegra
mucho de veros, señor.

DON JUAN

Mal hará en enojarse y tomar a mala parte el
honor que le hago. Pregúntale si quiere venir a ce-
nar conmigo.

SGANARELLE

Me parece que es cosa que no necesita.

DON JUAN

Pregúntaselo, digo.

SGANARELLE

¿Habéis perdido el juicio? Mirad que hablar a una estatua...

DON JUAN

Obedece.

SGANARELLE

¡Qué extravagancia! Comendador... (*Aparte.*) Risa me da tal simpleza, pero cumplo las órdenes de mi amo. (*Alto.*) Comendador: mi señor don Juan os pregunta si os dignaréis honrar su mesa esta noche. (*La estatua dice que sí con la cabeza.*) ¡Oh!

DON JUAN

¿Qué pasa? ¿Qué te sucede? Dime. Habla de una vez.

SGANARELLE

(*Moviendo la cabeza como la estatua.*) La estatua...

DON JUAN

Habla claro. ¿Qué me quieres decir, traidor?

SGANARELLE

Os digo que la estatua...

DON JUAN

La estatua ¿qué? Acaba de explicarte o te desuello.

SGANARELLE

La estatua ha dicho que sí.

DON JUAN

¡Mala peste de pícaro!

SGANARELLE

Os aseguro que ha dicho que sí con la cabeza. Es la verdad pura. Id en persona a verlo. Acaso...

DON JUAN

Ven, bandido, ven. Veremos el miedo que te come. Está atento. ¿Aceptará el Comendador mi convite esta noche? (*La estatua asiente con la cabeza de nuevo.*)

SGANARELLE

No querría verlo ni por diez escudos. ¿Qué decís ahora, señor?

DON JUAN

Salgamos de aquí.

SGANARELLE

A ver qué dicen ahora los incrédulos que de todo se burlan.

ACTO CUARTO

ACTO CUARTO

El teatro representa una habitación en casa de Don Juan.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, SGANARELLE, RAGOTIN.

DON JUAN

Sea lo que quiera, dejemos de hablar de ello; no merece la pena. Quizá fuimos engañados por la media luz, o tal vez los pavores nos nublasen la vista.

SGANARELLE

Por Dios, señor, no tratéis de negar lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Que la estatua movió la cabeza es una verdad de a puño; sin duda el Cielo, escandalizado de vuestra vida desastrosa, ha querido hacer un milagro para convencernos y apartaros así de ese...

DON JUAN

Oye. Si me sigues importunando con tus necies

sermones; si vuelves a decirme una palabra de conversiones y milagros, pediré a cualquiera que me traiga un vergajo, te mandaré sujetar por tres o cuatro y te tundiré a golpes. ¿Me has entendido?

SGANARELLE

Admirablemente, señor, sin la menor duda. Os explicáis con tal claridad que no hay más remedio que reconocer una condición excelente: nunca os andáis por las ramas y llamáis cada cosa por su nombre.

DON JUAN

Decid que me sirvan de cenar al momento. Una silla, muchacho.

ESCENA II

DON JUAN, SGANARELLE, LA VIOLETTE, RAGOTIN.

LA VIOLETTE

Señor: vuestro comerciante, el señor Domingo, desea hablaros.

SGANARELLE

Bueno. Esto es lo que ahora nos faltaba: visita de acreedor. ¿Cómo se le ocurre venir a pedirnos dinero? ¿Por qué no le has dicho que mi señor no estaba en casa?

LA VIOLETTE

Hace una hora que se lo estoy diciendo; pero como no quiere creerme, ahí le tienes fuera esperando sentado.

SGANARELLE

¡Que espere cuanto le acomode!

DON JUAN

No, al contrario; dile que pase. Es una política muy mala ocultarse a los acreedores. Con algo hay que pagarles, y tengo el secreto de hacerles marchar satisfechos sin haber soltado un escudo.

ESCENA III

DON JUAN, EL SEÑOR DOMINGO, SGANARELLE,
LA VIOLETTE, RAGOTIN.

DON JUAN

¡Hola, señor Domingo! Acercaos. Tengo gran placer en veros por esta casa, y acabo de reprender a mis criados el que os hayan hecho esperar. Había dado orden de que nadie viniese a importunarme; pero esa orden no se refería, naturalmente, a vuestra visita. Derecho tenéis sobrado a encontrar siempre franca la puerta de mi casa.

EL SEÑOR DOMINGO

Mil gracias, señor, por estas palabras.

DÓN JUAN

(Dirigiéndose a LA VIOLETTE y a RAGOTIN.)
¡Pardiez, pícaros, que os he de enseñar yo a dejar a mi amigo el señor Domingo en la antecámara! Habéis de aprender a distinguir de personas...

EL SEÑOR DOMINGO

No ha sido nada, señor.

DON JUAN

(Al SEÑOR DOMINGO.) ¡Cómo se entiende? ¡Decir que no estoy en casa a mi mejor amigo!...

EL SEÑOR DOMINGO

Siempre para serviros. Había venido...

DON JUAN

¡Vamos, ligero! Un asiento al señor Domingo.

EL SEÑOR DOMINGO

Estoy bien así, señor...

DON JUAN

¡De ningún modo! Deseo que os sentéis a mi lado.

EL SEÑOR DOMINGO

No hace falta, señor...

DON JUAN

Llevaos ese taburete y traed un sillón.

EL SEÑOR DOMINGO

No os burléis, señor.

DON JUAN

No, en modo alguno; sé muy bien lo que os debo, y no consentiré que haya la menor diferencia entre su asiento y el mío.

EL SEÑOR DOMINGO

Señor...

DON JUAN

Vamos, sentaos.

EL SEÑOR DOMINGO

No es necesario, señor; sólo tengo que deciros pocas palabras. Decía que...

DON JUAN

Tomad asiento; hacedme esa merced.

EL SEÑOR DOMINGO

No, señor. Muchas gracias. Así estoy bien.

DON JUAN

No podré escucharos si estáis en pie...

EL SEÑOR DOMINGO

Señor, hago lo que me ordenáis... Vengo...

DON JUAN

¡Pardiez! ¿Y qué tal os va, señor Domingo?

EL SEÑOR DOMINGO

Señor, muy bien, para serviros. He venido para...

DON JUAN

Estáis rebosando salud con esos ojos tan brillantes, los labios tan encarnados y ese color tan saludable.

EL SEÑOR DOMINGO

Desearía...

DON JUAN

¡Y cómo se encuentra mi señora vuestra esposa?

EL SEÑOR DOMINGO

Muy bien, a Dios gracias, señor.

DON JUAN

¡Qué persona tan cabal!

EL SEÑOR DOMINGO

¡Es vuestra servidora, señor! Venía...

DON JUAN

¡Y vuestra nieta Claudia, cómo está ahora?

EL SEÑOR DOMINGO

A las mil maravillas.

DON JUAN

¡Qué linda criatura! ¡La quiero de verdad!

EL SEÑOR DOMINGO

La hacéis demasiado honor... Quería...

DON JUAN

¿Y Nicolasito, siempre haciendo ruido con aquel tambor?

EL SEÑOR DOMINGO

Siempre lo mismo, señor. Venía...

DON JUAN

¿Y aquel perrito *Brusquet*, tan gruñón como de costumbre? ¿Sigue con la maña de morder las pantorrillas de los que van a vuestra casa?

EL SEÑOR DOMINGO

Más que nunca, señor, que no sabemos cómo arreglárnoslas con él.

DON JUAN

No os extrañaré que me informe tan al por menor de toda la familia. ¡Les tengo tanto afecto!

EL SEÑOR DOMINGO

Muy agradecidos, señor, a tanto interés... Yo...

DON JUAN

(*Tendiéndole la mano.*) Tomad mi mano, señor Domingo. ¿Puedo contar con vuestra amistad?

EL SEÑOR DOMINGO

Señor, siempre, para serviros.

DON JUAN

¡Pardiez, soy vuestro amigo de corazón!

EL SEÑOR DOMINGO

¡Es demasiado honor para mí! Yo...

DON JUAN

Por vuestro servicio haría cuanto hubiese que hacer.

EL SEÑOR DOMINGO

Vuestra bondad me confunde.

DON JUAN

Y todo sin interés de ninguna clase, podéis estar cierto.

EL SEÑOR DOMINGO

No soy digno de tantas mercedes. Pero es el caso, señor, que...

DON JUAN

Sin ningún cumplido. ¿Queréis cenar conmigo señor Domingo?

EL SEÑOR DOMINGO

No, señor; mil gracias. Casualmente tengo prisa. Yo...

DON JUAN

(Levantándose.) De prisa, luces para acompañar al señor Domingo, y cuatro o cinco hombres de casa con mosquete que le den escolta.

EL SEÑOR DOMINGO

(Levantándose también.) Señor, no es necesario. Puedo irme solo. Pero... *(SGANARELLE retira rápidamente los asientos.)*

DON JUAN

De ninguna manera. Deseo que os den escolta porque vuestra persona me es del mayor interés. Soy siempre vuestro servidor, y mejor diré vuestro deudor.

EL SEÑOR DOMINGO

¡Ah señor!...

DON JUAN

Nunca lo he ocultado y se lo digo a todo el que quiere oírme.

EL SEÑOR DOMINGO

Sí...

DON JUAN

¿Me permitiréis que os acompañe?

EL SEÑOR DOMINGO

¡Señor, os chanceáis! Señor...

DON JUAN

Entonces dadme un abrazo y hasta la vista. Vuelvo a repetiros que os tengo en la mayor estima y que haría cuanto se ofreciese para serviros. *(Sale.)*

ESCENA IV

EL SEÑOR DOMINGO y SGANARELLE.

SGANARELLE

La verdad es que tenéis en mi señor un verdadero amigo.

EL SEÑOR DOMINGO

Es cierto, y me hace tantos cumplidos y ceremonias, que no sé cómo pedirle el dinero que me debe.

SGANARELLE

Os aseguro que dejaría hundirse su casa por serviros. Casi tengo ganas de que os ocurra algún tro-

piezo, que os den de palos, pongo por caso, para que vierais de qué modo...

EL SEÑOR DOMINGO

Lo creo; pero, Sganarelle, hacedme la merced de decirle alguna palabra de mi dinero.

SGANARELLE

No os apuréis. Veréis qué cumplidamente os pagará.

EL SEÑOR DOMINGO

También, por vuestra parte, Sganarelle, me debéis alguna cosilla.

SGANARELLE

¡Bah! ¡No habléis de eso!

EL SEÑOR DOMINGO

¿Cómo? Yo...

SGANARELLE

¿Pensáis que no sé lo que os debo?

EL SEÑOR DOMINGO

Sí, pero...

SGANARELLE

Vamos, señor Domingo, os alumbro para salir.

EL SEÑOR DOMINGO

Mi dinero entonces.

SGANARELLE

(Cogiendo al SEÑOR DOMINGO por el brazo.) Os chanceáis...

EL SEÑOR DOMINGO

Quiero...

SGANARELLE

¡Eh!

EL SEÑOR DOMINGO

Me parece que...

SGANARELLE

¡Pequeñeces!

EL SEÑOR DOMINGO

Pero...

SGANARELLE

(Empujándole de nuevo.) ¡Fuera!

EL SEÑOR DOMINGO

A mí...

SGANARELLE

(Arrojándole del escenario.) Fuera os digo.

ESCENA V

DON JUAN, SGANARELLE y LA VIOLETTE.

LA VIOLETTE

(A DON JUAN.) Señor, vuestro padre.

DON JUAN

¡Qué enojosa visita! Sólo esto me faltaba para acabarme de condenar.

ESCENA VI

DON LUIS, DON JUAN, SGANARELLE.

DON LUIS

Bien veo que llego en mala ocasión y que os pasaríais muy a gusto sin verme en vuestra casa. A decir verdad, los dos sufrimos al encontrarnos, porque si estáis harto de mi presencia, también yo estoy cansado de vuestros desafueros. ¡Ay! ¡Cuán ciegos somos al no dejar en manos de la Providen-

cia nuestro destino, sin importunar al Cielo con locos deseos y peticiones insensatas! He deseado un hijo con un ansia incomparable, y con transportes desesperados lo pedía incesantemente. Y el hijo que consigo después de súplicas fervientes, es la vergüenza y el oprobio de mi vida, cuando creía que había de ser mi alegría y mi consuelo. ¿Con qué mirada queréis que contemple ese cúmulo de acciones indignas que cuesta trabajo disfrazar a los ojos del mundo de una apariencia tolerable? ¿Cómo puedo sufrir los constantes hechos vergonzosos que nos obligan de continuo a solicitar la gracia del monarca y que han agotado por entero todo el crédito que me dieron mis pasados servicios y el afectuoso interés de mis amigos? ¡Ah! ¿En qué baja-jeza vivís! ¿No os avergonzáis de hacer tan poco honor a vuestro nombre? ¿Tenéis derecho alguno para enorgulleceros de vuestro nacimiento? ¿Qué habéis hecho en el mundo para ser noble? ¿Os figuráis que basta para serlo llevar el nombre y los blasones? ¿Puede ser una gloria venir de casta de caballeros para vivir como un desalmado? No; de nada sirve un ilustre apellido cuando se carece de la virtud. Sólo tenemos parte en la gloria de nuestros antepasados cuando con nuestro esfuerzo tratamos de asemejarnos a ellos: el esplendor de los hechos pasados que circunda nuestro nombre nos obliga a imitar aquella nobleza y seguir el derrotero que ellos nos trazaron, sin que mengüen en nada sus virtudes, si queremos ser sus legítimos descendientes. En vano descendéis de ilustres abue-

los que reniegan de su sangre, y las acciones gloriosas con que ilustraron sus vidas no sirven mas que para que aparezcáis más miserable. Su fama, como una antorcha, ilumina, haciéndola más abominable, vuestra espantosa vida. Debéis saber que un noble que vive en tal abyección es un monstruo de la naturaleza y que la virtud es el primer título de nobleza. Por lo que a mí toca, no miro el nombre que se estampa en la rúbrica, sino las acciones, que son la trama de la vida. Más precio yo el hijo honrado de un hortelano que un príncipe de sangre real que llevase una vida como la que lleváis.

DON JUAN

Señor, si tomaseis asiento hablaríais con más comodidad.

DON LUIS

¡Insolente! No he de sentarme, ni tampoco hablar una sola palabra. Bien veo que todo cuanto digo no deja huella en tu alma. Pero has de saber, hijo desalmado, que la ternura paternal ha sido destruída con tus acciones y que antes de lo que imaginas pondré límite a tus desórdenes, atrayendo sobre tu cabeza el castigo del Cielo, para que tu castigo pueda lavar la infamia de haberte dado la vida.

ESCENA VII

DON JUAN y SGANARELLE.

DON JUAN

(Dirigiéndose todavía a su padre, que ya ha salido de escena.) ¡Eh! ¡A ver si morís de una vez, que es lo mejor que se os ocurrirá! A cada cual ha de tocarle la vez, y me llena de cólera ver esos padres que duran tanto como sus hijos. (Se sienta en un sillón.)

SGANARELLE

Señor, no tenéis razón.

DON JUAN

(Levantándose.) ¿Que no tengo razón?

SGANARELLE

(Temblando.) Señor...

DON JUAN

¿Que no tengo razón?

SGANARELLE

Sí, señor; no tenéis razón alguna para aguantar esa filípica que os ha lanzado, y le deberíais haber

puesto en mitad de la calle. ¿Hase visto mayor impertinencia? ¿Venir un padre con reprensiones a su hijo, diciéndole que ha de enmendar sus acciones, que ha de acordarse de su cuna, que ha de llevar vida honrada y otras mil necesidades por el estilo? ¿Podéis aguantar tales cosas, cuando sabéis mejor que él cómo se debe vivir? Me admiro de la paciencia que mostráis, y a haber estado en vuestro lugar, le hubiese mandado a paseo. (*Aparte.*) Maldito afán de agradar, ¿hasta dónde me arrastras?

DON JUAN

¿Me darán pronto la cena?

ESCENA VIII

DON JUAN, SGANARELLE, RAGOTIN.

RAGOTIN

Señor, una dama con manto desea hablaros.

DON JUAN

¿Quién puede ser?

SGANARELLE

Ahora lo veremos.

ESCENA IX

DOÑA ELVIRA (*con manto*), DON JUAN, SGANARELLE.

DOÑA ELVIRA

No os sorprendáis, don Juan, de verme aquí a estas horas y de esta manera. Un motivo de mucha urgencia me fuerza a esta visita, y lo que tengo que deciros no puede sufrir ninguna demora. No vengo aquí llena de la pasión que se desbordó de mi pecho hace mucho, y ya veis cuán otra soy de lo que era esta mañana. Ya no soy aquella Elvira que llegaba a maldeciros y cuya alma estremecida amenazaba y pedía venganza. El Cielo ha arrancado de mi corazón el fuego en que me abrasaba, los arrebatos desordenados de una pasión criminal, los vergonzosos transportes del amor terreno y perecedero; sólo vive en mi alma la llama de amor puro con que os amo, don Juan, sin mezcla alguna de la corrupción de los sentidos; amor desasido de todo, que no busca nada para sí, sino que sólo de vuestro bien se ocupa.

DON JUAN

(*A SGANARELLE, bajo.*) Me parece que estás llorando.

Perdonad.

DOÑA ELVIRA

Este amor purísimo y perfecto me trae aquí, por vuestro bien, para haceros saber un aviso del Cielo y tratar de apartaros del abismo en que os precipitáis. Sí, don Juan. Sé todo el desorden de vuestra vida, y ese Cielo que ha tocado mi corazón y me ha hecho ver los extravíos de mi conducta me ha inspirado a un tiempo la idea de venir en busca vuestra y deciros, en nombre del Cielo, que la misericordia divina está agotada por vuestras ofensas, que su terrible cólera está pronta a caer sobre vuestra cabeza y que está en vuestras manos evitarlo con un sincero arrepentimiento. Acaso no queda un solo día para libraros del más espantoso castigo. En cuanto a mi alma, nada del mundo me ata a vuestro recuerdo. Gracias al Cielo he desechado mis locos devaneos: vivo en una austera reclusión y no pido a Dios mas que se digne prolongar mi vida para expiación de mis culpas y merecer con la más rigurosa penitencia el perdón de todas las culpas que una insensata pasión me hiciera cometer. Pero desde mi retiro sería un tormento de mi alma pensar que aquel a quien adoré con inagotable ternura viniese a ser ejemplo funesto de la justicia divina, y ayudaros a apartar de vuestro destino ese tremendo castigo será para mí dicha inefable. Por piedad, don Juan, concededme, como favor último, tan dulce consuelo; no me neguéis

vuestra salvación, que os pido con lágrimas en los ojos. Y si no os mueve el peligro en que os halláis, muévaos al menos mi plegaria y no me condenéis al dolor cruel de veros caer en los suplicios eternos.

SGANARELLE

(Aparte.) ¡Pobre mujer!

DOÑA ELVIRA

Os he amado con ternura infinita; nada habré para mí en el mundo como vuestro amor; por él olvidé mis deberes e hice cuanto quisisteis de mí. En recompensa de ello no os pido mas que enmendéis vuestra vida y que evitéis vuestra condenación. Salvaos, don Juan; os lo pido por vuestro amor, o por el mío si queréis. Otra vez vuelvo a suplicaros con los ojos llenos de lágrimas; y si las lágrimas de una mujer que habéis amado no llegan a vuestro corazón, os lo pido por todo lo que más podéis respetar.

SGANARELLE

(Aparte, mirando a DON JUAN.) ¡Qué entrañas de fiera!

DOÑA ELVIRA

Después de esta súplica, me voy; sólo eso tenía que deciros.

DON JUAN

Señora, la hora es avanzada; quedaos en esta casa. Os alojaremos del mejor modo posible.

DOÑA ELVIRA

No, don Juan; no me detengáis ni un momento.

DON JUAN

Os aseguro, señora, que será muy grato para mí que aceptéis.

DOÑA ELVIRA

No, es imposible. No perdamos tiempo en vanas palabras. Dejadme salir presto y no os ocupéis de acompañarme. Pensad solamente en aprovechar este aviso del Cielo.

ESCENA X

DON JUAN y SGANARELLE.

DON JUAN

¿Sabes que he vuelto a sentir cierta emoción al escucharla? Este inesperado arrebató me ha llegado al corazón, y la sencillez de su traje, unido a las lágrimas y a su lánguido ademán, han removido las cenizas de un fuego que juzgué apagado.

SGANARELLE

Según eso, ¿sus palabras no han hecho mella alguna en vuestro ánimo?

DON JUAN

La cena de prisa.

SGANARELLE

Voy volando.

ESCENA XI

DON JUAN, SGANARELLE, LA VIOLETTE, RAGOTIN.

DON JUAN

(Sentándose a la mesa.) Sganarelle, a pesar de todo, hemos de pensar en enmendarnos.

SGANARELLE

¿En esas estamos?

DON JUAN

Sí, a fe mía; es necesario el arrepentimiento. Después de veinte o treinta años de la vida que llevo pensaremos en la conciencia.

SGANARELLE

¡Oh!

DON JUAN

¿Qué me dices?

SGANARELLE

Nada, señor; aquí está la cena. (*Coge un pedazo de la comida que trae en las fuentes y se lo mete en la boca.*)

DON JUAN

Me parece que tienes hinchado un moflete. ¿Qué es ello? Habla. ¿Qué tienes?

SGANARELLE

Nada.

DON JUAN

Déjame lo ver. ¡Pardiez, vaya una hinchazón que se te ha armado en el carrillo! Traedme en seguida una lanceta para sajarlo. El pobre mozo no puede valerse, y si esto sigue se ahogará, de fijo. ¡Pero si me parece que ya está a punto! ¡Ah grandísimo pícaro!

SGANARELLE

La verdad, señor, quería enterarme de cómo había el cocinero sazonado la cena; ver si no se le había ido la mano en la sal o en la pimienta.

DON JUAN

Vamos, siéntate ahí y come. Te necesito después de cenar. Por lo que veo, tenías hambre.

SGANARELLE

Ya lo creo, señor. Desde esta mañana no ha entrado nada en mi boca. Probad esto, que no hay nada mejor en este mundo. (*Dirigiéndose a RAGOTIN, que a medida que SGANARELLE se sirve en el plato se lo quita con gran ligereza.*) ¡Mi plato! ¡Eh, mi plato! ¡Más despacio si te parece! ¡Diantre, compadre, qué prisa te das para ponerme el plato limpio! Y tú, La Violette, amigo, qué maña tienes para servirme de beber. (*Mientras que LA VIOLETTE echa de beber a SGANARELLE, RAGOTIN vuelve a quitarle el plato.*)

DON JUAN

¿Quién llama con esos golpes a la puerta?

SGANARELLE

¿Quién demonios vendrá a interrumpir ahora nuestra comida?

DON JUAN

Pues quiero comer tranquilo... Que no reciban a nadie.

SGANARELLE

Dejadme que vaya... Veréis cómo lo arreglo.

DON JUAN

(*Al ver entrar a SGANARELLE despavorido.*) ¡Qué pasa? ¡Qué sucede?

SGANARELLE

(*Moviendo la cabeza como LA ESTATUA.*) El..., aquél... está a la puerta.

DON JUAN

Vamos a verlo... y que vean los demás que nada me pone espanto.

SGANARELLE

¡Pobre de mí! ¡Dónde podrás esconderte, Sganarelle?

ESCENA XII

DON JUAN, LA ESTATUA DEL COMENDADOR, SGANARELLE, LA VIOLETTE, RAGOTIN.

DON JUAN

(*A sus servidores.*) Una silla y un cubierto... ¡Pronto! (DON JUAN y LA ESTATUA se sientan a la mesa. Dirigiéndose a SGANARELLE.) Siéntate también tú.

SGANARELLE

Señor, se me ha quitado el apetito.

DON JUAN

Te digo que te sientes. Bebamos. ¡A la salud del Comendador! Brinda conmigo, Sganarelle. Dadle vino.

SGANARELLE

Tampoco tengo sed, señor.

DON JUAN

Bebe, y cántanos una copla en honor del Comendador.

SGANARELLE

Señor, estoy muy ronco.

DON JUAN

No importa. Vamos, ánimo..., y vosotros (*Dirigiéndose a los servidores*) haced el coro a su canción.

LA ESTATUA

Basta, don Juan. Os invito a cenar mañana conmigo. ¿Aceptáis?

DON JUAN

Acepto; iré acompañado de Sganarelle.

SGANARELLE

Os doy mil gracias, señor; pero mañana es día de ayuno para mí.

DON JUAN

(A SGANARELLE.) ¡Luces!

LA ESTATUA

Sólo la luz divina es necesaria.

ACTO QUINTO

ACTO QUINTO

El teatro representa el campo.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS, DON JUAN, SGANARELLE.

DON LUIS

¿Es posible, hijo mío, que el Cielo, movido de mis súplicas, las haya escuchado al fin? ¿Es cierto lo que me estás diciendo? No me engañéis con vanas esperanzas y decidme si es cierta tan sorprendente conversión.

DON JUAN

Sí, padre. Estoy arrepentido de mis pasados errores; no soy el mismo que os hablaba ayer por la noche, ya que el Cielo me ha transformado de suerte que el mundo entero quedará sorprendido de tal cambio. El Señor ha tocado mi corazón y quitado la venda de mis ojos, y ahora contemplo espantado las tinieblas profundas en que he vivido largos años y el fango repugnante de mi conducta. Cuando dentro de mi alma contemplo las abominaciones

DON JUAN.

espantosas de mi vida, me asombra el ver que el Cielo haya esperado tanto tiempo sin fulminar contra mí su justa cólera. Veo todas las mercedes que el Señor ha hecho conmigo librándome del castigo de mis crímenes. Por eso quiero aprovechar su bondad inagotable, para mostrar al mundo una conversión prodigiosa, reparando de tal suerte el escándalo de mi mala vida pasada y mereciendo así la remisión total de mis culpas. Todos mis actos irán encaminados a este fin, y por eso os suplico que me ayudéis en mis propósitos escogiendo una persona que me dirija con acierto en el difícil camino que he de recorrer.

DON LUIS

¡Hijo mío! ¡Qué pronto renace el amor paterno y cuán de prisa quedan olvidadas las ofensas de un hijo, al oír de sus labios unas palabras de arrepentimiento! Ya no me acuerdo de los disgustos que me ocasionaron vuestros desórdenes, y todo se desvanece ante las frases que acabo de oír. ¡No sé qué me sucede; estoy fuera de mí, lo confieso, y derramo lágrimas de gozo! El Señor ha escuchado mis súplicas y nada tengo ya que solicitar de su misericordia. Abrazadme, hijo mío, y continuad con constancia en tan laudables propósitos. Ahora mismo corro a dar tan feliz noticia a vuestra madre, para hacerle participar de la dicha que rebosa mi corazón y para que juntos demos gracias a Dios de la santa resolución que se ha dignado inspiraros.

ESCENA II

DON JUAN *y* SGANARELLE.

SGANARELLE

Señor, ¡qué alegría tan grande siento al veros ya convertido! Hace mucho tiempo lo esperaba, y gracias a Dios se han cumplido mis deseos.

DON JUAN

¡Llévese el diablo a los majaderos!

SGANARELLE

¡Majadero?

DON JUAN

¿Has creído que mis palabras eran oro de ley? ¿Te figuraste que la boca y el corazón estaban acordes?

SGANARELLE

Pero ¿entonces?... ¿No es cierto?... Eso... (*Aparte.*) ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

DON JUAN

No, de ningún modo. No he cambiado en nada y pienso como pensaba antes.

SGANARELLE

¿Pero no cejáis en vuestros errores ante el milagro de una estatua que se mueve y habla?

DON JUAN

En ello hay, sin duda, algo que no acierto a comprender. Pero, sea lo que fuere, no existe en el mundo nada capaz de convencer mi razón ni de conmover mi alma. Cuando decía que estaba arrepentido de mi conducta y me proponía hacer vida penitente dígelo por astucia, como una provechosa estratagema que he maquinado, como una máscara gazmoña que me conviene para no irritar a mi padre, a quien necesito tener contento, y para ponerme a cubierto del juicio de los hombres en mil enojosas aventuras que pueden ocurrir. Sganarelle, deseo tener un confidente, y me place que puedas conocer tú el fondo último de mi alma y los fuertes motivos que me empujan a esta mi resolución.

SGANARELLE

Pero, señor, si no creéis en nada, ¿cómo vais a aparentar que sois un hombre ejemplar?

DON JUAN

¿Y por qué no? ¿Cuántos hay que piensan como

yo y se meten a virtuosos, para engañar al mundo con esa máscara?

SGANARELLE

¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

DON JUAN

Ahora nadie se avergüenza de esto. La hipocresía es un vicio a la moda, y los vicios a la moda han pasado siempre por virtudes. El papel de hombre de bien es el más fácil de representar. En nuestros días, el oficio de hipócrita tiene portentosas ventajas, y es arte cuya impostura siempre obtiene el respeto, pues aunque llegue a ser descubierta, nadie se atreve a publicarla. Los demás vicios de los hombres están expuestos a la crítica, y todos se atreven a atacarlos de frente y con rudeza; pero la hipocresía es un vicio privilegiado que con la propia mano tapa la boca de las gentes y goza a sus anchas de una impunidad soberana. A fuerza de gazmoñería se forma una estrecha hermandad entre todos los del oficio, y si alguien irrita a uno de ellos, pronto tendrá enfrente a todos los demás; los que van de buena fe y tienen sentimientos sinceros son las primeras víctimas de los farsantes, porque, sin quererlo, van a formar cofradía con ellos y con sus actos apoyan los de la chusma hipócrita. ¿Cuántos crees que conozco de esta calaña, que con sus estratagemas visten con decoro los desórdenes de su juventud, que convierten en un es-

cudo la capa de religión con que se cubren y bajo tan respetable porte tienen licencia para continuar siendo unos malvados? No importa que todos conozcan sus intrigas; inútil es saber a ciencia cierta quiénes son, porque ante el mundo continúan pasando por oráculos, y si aciertan a inclinar humildemente la cabeza, a suspirar contritos y a levantar al cielo los ojos suplicantes, ya pueden hacer en su escondite todo lo que se les antoje. También quiero salvarme con este piadoso disfraz y poder arreglar silenciosamente mis asuntos. No te figures que voy a abandonar mis sabrosas aventuras, sino que las tendré a la chita callando y me divertiré sin hacer ruido. Si por un azar llegase a ser descubierto, todos los cofrades de la hipocresía vendrán en mi auxilio y me defenderán de todo y contra todos. Este es, amigo Sganarelle, el camino seguro para hacer cuanto nos agrada. Me erigiré en censor de los demás; juzgaré mal de todo el mundo, y sólo de mí tendré buena opinión; y cuando alguien me enoje, aunque sea poco, jamás será perdonado, y con una gran moderación le tendré odio irreconciliable. Me convertiré en vengador de los intereses del Cielo, y con este cómodo pretexto dañaré a mis enemigos y sabré desencadenar contra ellos piadosos impertinentes, que, sin saber lo que dicen, vociferarán en público para atacarles, les colmarán de injurias y les condenarán con altivez desde su altísima autoridad. Así se deben aprovechar las flaquezas humanas y pueden los espíritus avisados acomodarse a los vicios de su tiempo.

SGANARELLE

¡Oh cielos! ¡Qué es lo que oigo! ¡Sólo os faltaba ser hipócrita para acabaros de arreglar! ¡La hipocresía es el colmo de todas las maldades! Señor, esto sí que no puedo tragármelo...; no tengo otro remedio que hablar. Haced lo que os acomode: pegañme, tullidme a golpes, matadme si queréis; pero es necesario que desahogue mi corazón y, como un servidor leal, os diga lo que pienso. Sabed, señor, que tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe; y como dijo muy bien aquel autor, que no sé cómo se llama, el hombre está en este mundo como el pájaro en la rama; la rama está unida al árbol; quien se une al árbol sigue las buenas máximas; las máximas buenas valen más que las palabras bien habladas; las palabras bien habladas sólo se encuentran en la corte; en la corte están los cortesanos; los cortesanos siguen la moda; la moda es hija de la fantasía; la fantasía es una facultad del alma; el alma es lo que nos da la vida; la vida termina con la muerte; la muerte nos hace pensar en el cielo; el cielo está por cima de la tierra; la tierra no es lo mismo que el mar; el mar tiene tempestades; las tempestades hacen zozobrar los navíos; los navíos necesitan un buen piloto; el buen piloto es prudente; la prudencia no es cosa de jóvenes; los jóvenes deben obedecer a los ancianos; los ancianos aman la riqueza; la riqueza hace los ricos; los ricos no son pobres; los pobres están necesitados; la necesidad no tiene ley; quien

no tiene ley es un animal feroz; y, por lo tanto, iréis a los infiernos con todos los diablos.

DON JUAN

¡Qué hermoso razonamiento!

SGANARELLE

Si después de mis palabras no os convertís, tanto peor para vuestra ánima.

ESCENA III

DON CARLOS, DON JUAN y SGANARELLE

DON CARLOS

Don Juan, a tiempo os encuentro, y me place hablaros en este lugar antes que en vuestra casa; necesito que me digáis qué propósitos os animan. Sabéis que he tomado a mi cargo, a presencia vuestra, resolver tan delicada cuestión. Por lo que a mí toca, no tengo reparo alguno en decirlo, desearía resolverla por caminos de paz, y haría cuanto fuese menester para llevar vuestro ánimo en tal sentido y para ver al fin a mi hermana ostentando en público vuestro nombre.

DON JUAN

(*Con un tono hipócrita.*) ¡Ay de mí! Muy gustoso

sería en poder daros esta satisfacción deseada; pero el Señor se opone a ella abiertamente. El Señor ha herido mi corazón con su luz, llevándome a cambiar de vida por entero. En la hora presente sólo anhelo desligarme de los antiguos lazos, despojarme de todas mis locas vanidades y corregir mi vida con una austera conducta que borre los criminales desvaríos a que me llevó una juventud ardiente y desordenada.

•
DON CARLOS

Don Juan: esos propósitos no se oponen en nada a mis deseos, porque la compañía de la legítima esposa puede acomodarse fácilmente con esos laudables pensamientos que os inspira el Cielo.

DON JUAN

¡Ay! No es posible lo que proponéis. Vuestra propia hermana ha decidido también encerrarse en un claustro, ya que ambos hemos sentido el mismo aviso celeste.

DON CARLOS

Si mi hermana se retira a un claustro, puede pensar el mundo que lo hace obligada por el desprecio que sentís por ella y su familia. Si entra en un convento, nuestro honor no queda satisfecho, ya que es menester para restaurarlo que sea vuestra esposa ante Dios y los hombres.

DON JUAN

Vuelvo a repetiros que no es hacedero vuestro deseo. Os aseguro que hubiera sido para mí la dicha mayor, y cuando he consultado al Cielo para saber lo que me aconseja, he oído una voz que me ordenaba olvidar para siempre a vuestra hermana, puesto que a su lado no podría salvarme.

DON CARLOS

¿Creéis, don Juan, que vamos a darnos por satisfechos con tan santas excusas?

DON JUAN

Obedezco a la voz del Cielo.

DON CARLOS

¿Queréis que me contente con semejante discurso?

DON JUAN

Así lo quiere el Cielo.

DON CARLOS

¿Habéis arrebatado a mi hermana de un convento para abandonarla después?

DON JUAN

Así lo ordena el Cielo.

DON CARLOS

¿Cómo va a tolerar esta afrenta nuestra familia?

DON JUAN

¡Quejaos al Cielo!

DON CARLOS

Dejad de invocar al Cielo, si os parece.

DON JUAN

Estos son los celestes designios.

DON CARLOS

Basta, don Juan; os he comprendido... No es este lugar apropiado para encontraros; pero dentro de muy poco iré a buscaros.

DON JUAN

Haréis vuestra voluntad. Sabéis que no me falta valor, y que cuando se tercia sé manejar la espada. Dentro de breve rato pasaré por aquella callejuela apartada que es camino para el convento. Pero

antes os declaro que no está en mi ánimo batirme; el Cielo me impide pensar en tales lances; si osáis atacarme, no sabemos lo que puede acontecer.

DON CARLOS

Pronto, muy pronto lo sabremos.

ESCENA IV

DON JUAN *y* SGANARELLE.

SGANARELLE

Señor, ¿qué diablos de razones vais urdiendo y qué talante aparentáis? Mucho peor es esto que todo lo de antes, y más me gustabais con vuestra vida desafortunada que con estas palabras dulzonas. ¡Siempre he confiado en vuestra salvación, pero ahora es cuando empiezo a desesperar de ella! ¡El Cielo, que ha tolerado vuestros ultrajes hasta ahora, no podrá perdonaros este último horror!

DON JUAN

¡Bah, bah! El Cielo no lleva las cosas con tanta exactitud como tú crees, y si cada vez que los hombres...

ESCENA V

DON JUAN, SGANARELLE, EL FANTASMA *en forma de mujer cubierta con un velo.*

SGANARELLE

¡Ay señor! ¡Ahora sí que os habla el Cielo con este aviso que os envía!

DON JUAN

Si el Cielo me avisa, es necesario que se explique claramente para que pueda entenderle.

EL FANTASMA

Don Juan, sólo un instante os queda para esperar de la misericordia divina. Si no lo aprovecháis, vuestra condenación será irremisible.

SGANARELLE

¿Oís, señor?

DON JUAN

¿Quién osa hablarme de esta suerte? Me parece reconocer esa voz...

SGANARELLE

Señor, es un fantasma; en sus pasos lo he conocido.

DON JUAN

Fantasma, espectro o demonio, quiero saber qué encubre ese velo. (*El fantasma cambia de forma y aparece como el Tiempo, con la guadaña en la mano.*)

SGANARELLE

¡Santo cielo! ¡Habéis visto, señor, cómo ha cambiado de forma?...

DON JUAN

Nada hay en el mundo capaz de poner miedo en mi corazón, y la espada me dirá si es espectro o cuerpo mortal. (*El espectro se deshace cuando DON JUAN va a herirle con la espada.*)

SGANARELLE

Por Dios, señor, inclinaos ante tantos milagros y decidíos pronto al arrepentimiento.

DON JUAN

No, cien veces. Ocurra lo que quiera, nadie dirá que he llegado a arrepentirme. Vamos, sígueme.

ESCENA VI

LA ESTATUA DEL COMENDADOR, DON JUAN,
SGANARELLE.

LA ESTATUA

Teneos, don Juan, que ayer me disteis palabra de cenar conmigo.

DON JUAN

Sí; decid dónde he de seguiros.

LA ESTATUA

Dadme la mano.

DON JUAN

Tomad.

LA ESTATUA

Don Juan, el pecador empedernido acaba con espantosa muerte, y el que rechaza las gracias del Cielo atrae con su conducta la divina cólera.

DON JUAN

¡Oh cielos! ¿Qué es lo que siento? Un fuego invi-

sible me consume, y todo mi cuerpo es como una brasa encendida. ¡Ay de mí!

(Cae un rayo, acompañado de grandes truenos y relámpagos, sobre DON JUAN. La tierra se abre para tragarle. Grandes llamaradas brotan del lugar en que se ha hundido.)

ESCENA VII

SGANARELLE

(Solo.) ¡Ay mi salario, mi salario! ¡Con su muerte todos quedan contentos; Cielo a quien ofendió, leyes violadas, doncellas seducidas, familias sin honor, padres escarnecidos, mujeres desgraciadas, maridos engañados, todos estarán satisfechos! El único desventurado soy yo. ¡Ay mi salario, mi salario, mi salario!...

FIN

B.P. de Soria



61177866

DR 5819

11

Ch

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

1

D
58

MOTTEUR

HON. JUAN
O. EL
CONVIDADO
DE PIEDRA

DR

5819